



**UNIVERSIDAD ABIERTA
INTERAMERICANA**

**Conceptos y fantasías sobre sexualidad en niños y
adolescentes**

Tutor: Ps. Raúl Gómez Alonso

Tesista: Nancy Daniela López

Título: Licenciada en Psicología

Facultad de Psicología y Relaciones Humanas

Diciembre de 2015

Conceptos y fantasías sobre sexualidad en niños y adolescentes

Resumen

Tomando como base lo plasmado por distintos autores que explican sus concepciones en relación a la sexualidad en general y las fantasías sexuales en particular y profundizando dichas posturas con el estado actual de los conocimientos sobre este tema, se configura una plataforma teórica que permite preguntar, suponer y confirmar ciertas posiciones sobre cómo asimilan, procesan y viven la sexualidad los niños, niñas y adolescentes en la actualidad. El acercamiento a estos procesos y maneras de expresarlos se realizará mediante la aplicación de un cuestionario y entrevista que permiten obtener información precisa y con la mayor profundidad posible. Al tratarse de un tema delicado que despierta una particular sensibilidad en quienes transitan este período tan intenso y particular de la vida, las técnicas utilizadas responden a un cuidado proceso de privacidad y respeto, de manera que quienes participan sientan comodidad y libertad para expresar sus puntos de vista. Se supone la sexualidad como uno de los aspectos de la vida de los individuos que se vincula a la realización subjetiva y a la forma de acercarnos a quienes nos rodean, es influida y a la vez influye en todos los aspectos de la vida; por eso es considerada con una importancia esencial para el buen funcionamiento de los mecanismos psíquicos, sociales y culturales de las personas que viven en una sociedad. Los resultados obtenidos son analizados y remiten a una conclusión que cumple con la intención de ampliar los conocimientos que existen actualmente en relación al tema. Entendiendo que la sexualidad se trata de una disciplina que trabaja con un contenido flexible y siempre cambiante y sabiendo que aún existe un largo recorrido para ser comprendido y analizado, por encontrarse en constante transformación, el presente trabajo busca realizar un recorte que capte el momento actual de expresión de dicho tema. ¿Cuánto escucha un niño sobre sexo, cuánto ve sobre sexualidad, sobre homosexualidad, heterosexualidad y bisexualidad, cuánto imita un adolescente sobre vida sexual a partir de la televisión, cuánto chatea sobre género e identidad? Muchísimo, la información juega entre los infinitos límites que auspician las nuevas tecnologías, pero... ¿Cuánto sabe realmente?

Palabras clave: sexualidad, inicio sexual, fantasías sexuales, conocimiento

Prólogo

La realización de esta investigación expresa la finalización de un recorrido enriquecedor y transformador que implicó desafíos y satisfacciones. A su vez, significa también el inicio de un nuevo camino que gracias a estos años de construcción, podrá ser transitado llevando la inspiración transmitida por el Sistema Pedagógico Vaneduc, respetando y transmitiendo valores, con un espíritu emprendedor, una actitud innovadora, crítica y creativa.

Agradecimientos

A las pocas pero valiosas personas en mi vida que me acompañaron con paciencia, tenacidad y alegría. Y principalmente a mi madre, quien inculcó en mi la sed por aprender y el orgullo que implica cumplir con las metas de una educación superior.

Índice

Resumen.....	1
Prólogo y agradecimientos.....	2
Introducción	4
Objetivos	5
CAPÍTULO I: Sexualidad	
Contexto actual.....	6
Reseña histórica.....	8
Teoría de género.....	13
Cultura y sexualidad.....	16
CAPÍTULO II: Inicio Sexual	
Introducción.....	25
Inicio sexual e historia.....	29
Inicio sexual y cultura	31
Inicio sexual y prejuicios.....	33
Inicio sexual y religión.....	36
CAPÍTULO III: Fantasías sexuales	
Fantasías sexuales	38
Función de las fantasías sexuales.....	41
Influencias	42
Estado actual de los conocimientos sobre el tema	46
Marco metodológico	56
Análisis de los resultados	59
Conclusiones	65
Bibliografía.....	68
Anexo y apéndices	72

Introducción

¿Qué conocimiento tienen sobre sexualidad y qué fantasías poseen acerca del inicio sexual los niños y adolescentes?

El presente trabajo de finalización de carrera tiene como finalidad conocer ciertos aspectos vinculados a cómo los adolescentes en la actualidad piensan y procesan la sexualidad, propia y ajena. Se pretende alcanzar ese conocimiento a partir de una investigación que apunte a la información manejada por quienes serán objeto de análisis, con respecto al saber que tienen sobre sexualidad en general, averiguando cuál es la fuente de dicho saber, para poder comprender así la influencia cultural actual y los efectos que produce en cada sujeto. Se tomará como un indicador de esa influencia la segunda parte de la investigación que profundizará sobre las características de las fantasías que los sujetos seleccionados tienen sobre la primera relación sexual.

La investigación se organiza en tres capítulos con los siguientes temas: Sexualidad, Inicio Sexual y Fantasías Sexuales.

Objetivo general

Describir la información que tienen las niñas y los niños que se acercan a la adolescencia y los/as adolescentes, sobre la sexualidad en general y analizar las fantasías que aparecen en estas edades sobre el inicio de la actividad sexual.

Objetivos específicos

- Identificar los conocimientos sobre sexualidad en general y sobre comportamientos sexuales en particular en niños, niñas y adolescentes.
- Analizar las características actuales de las fantasías sobre el inicio sexual
- Conocer las fuentes informativas del conocimiento adquirido sobre el tema
- Relacionar el nivel de conocimiento del grupo sobre sexualidad con las fantasías desarrolladas.

CAPÍTULO I

Sexualidad

Contexto actual

Cuánto se ha escrito y se seguirá escribiendo sobre cuánto cambia día a día la sociedad en la que vivimos. Cuánto leemos y escuchamos sobre los adelantos tecnológicos, las novedades, los hábitos y costumbres que van, de a poco, destacándose y a veces no tan de a poco. Nos informamos sobre las causas y las consecuencias de nuevos estilos de vida, de nuevas prácticas y nuevas maneras de reaccionar a nuevos estímulos. Cada esfera de nuestra cotidianeidad se ve afectada por el cambio veloz, ese cambio que constituye la esencia de nuestra actualidad, y si bien, desde los comienzos de la vida en sociedad el hombre ha ido evolucionando hasta llegar a quienes somos hoy, nunca con tanta velocidad como en estos últimos tiempos.

Luis M. Aller A. (1995) explica que la velocidad vertiginosa con la que ocurren los cambios tecnológicos y sociales en nuestro tiempo, ha obligado al ser humano a incorporar una nueva actitud en su comportamiento: la de adaptarse rápidamente a esos cambios... Esto no significa otra cosa que la modificación de costumbres, creencias y actitudes que le permitan aceptar esos nuevos hábitos y valores que, finalmente, se traducen en la adopción de nuevas pautas de vida.

Cuando entramos a la etapa de Globalización, uno de los objetivos principales buscados fue el de promover una comunidad uniforme de consumo a escala global; ese consumo se materializó en todos los aspectos posibles, comida, vestimenta, hábitos, gustos, deseos y por supuesto sexualidad, entre otros. El canal encargado de la estandarización de lo que los consumidores demandamos son los MASS MEDIA, que promueven y crean necesidades estereotipadas en un público que, sin barreras de ningún tipo, recibe dicha manipulación existencial. Podemos observar cómo accede a la misma información un adulto, un adolescente o un niño y podemos observar también las consecuencias que este acceso indiscriminado acarrea, pudiendo hablarse así de una cultura que, a través de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) se caracteriza por transmitir información constantemente, sin permitir el tiempo para poder procesarla, analizarla o rechazarla. En este estado de cosas, el deseo de la persona pasa a

ser una víctima de ese “mensaje cultural” al que nos exponemos, el cual se acerca más a un bombardeo necesario para estar actualizados y ser modernos, que a la expresión de la idiosincrasia que nos definiría como sociedad. Ese deseo que recibe estímulos constantemente, pocas veces llega a ser reflexionado. ¿Eso que anhelo es lo que realmente deseo o es producto de una manipulación masificadora?

Así, en este torbellino informativo-cultural encontramos a nuestros niños, quienes parecen estar genéticamente diseñados para manejar una tablet o un celular y parecen entender más de lo que muchos adultos entienden y nos tropezamos también con nuestros adolescentes, que parecen saber vivir ya como adultos porque los vemos actuar como tales. Ahora bien, tomando como supuesto que estamos recibiendo más información de la que podemos procesar, podríamos suponer, en consecuencia, que si los temas que hacen a nuestra salud mental y vida sana necesitan ser procesados, vividos, dudados y transitados, algo estaríamos salteando ante esta magnífica transferencia de datos.

¿Cuánto escucha un niño sobre sexo, cuánto ve sobre sexualidad, sobre homosexualidad, heterosexualidad y bisexualidad, cuánto imita un adolescente sobre vida sexual a partir de la televisión, cuánto chatea sobre género e identidad? Muchísimo, la información juega entre los infinitos límites que auspician las nuevas tecnologías, pero... ¿Cuánto sabe realmente?

No se pretende aquí partir de un supuesto que niegue la presencia del tema sexualidad en el interés de los niños y que pretenda sostener que las TIC saltean escalones en su desarrollo psíquico brindando demasiada información; simplemente se pretende reflexionar sobre cuánta información se está brindando, para conocer el origen del saber infantil y también adolescente sobre el tema, reconociendo lo que los niños y adolescentes supieron procesar, a partir de su desarrollo físico y psicológico.

Reseña histórica

Con la intención de volver hacia atrás para comprender un poco más el origen del tema que nos interesa, traemos a Michel Foucault (1976) quien ayuda a comprender los cambios en la expresión de la sexualidad a lo largo de la historia y menciona específicamente cómo a comienzos del siglo XVII las prácticas no buscaban el secreto; las palabras se decían sin excesiva reticencia, y las cosas sin demasiado disfraz; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. Los códigos de lo grosero, de lo obsceno y de lo indecente, si se los compara con los del siglo XIX, eran muy laxos, explica. Gestos directos, discursos sin vergüenza, trasgresiones visibles, anatomías exhibidas y fácilmente entremezcladas, niños desvergonzados vagabundeando sin molestia ni escándalo entre las risas de los adultos: los cuerpos se pavoneaban. Luego, el autor menciona cómo con el llegar de las noches monótonas de la burguesía victoriana...la sexualidad es cuidadosamente encerrada...Se muda. La familia conyugal la confisca, aclara. Y la absorbe por entero en la seriedad de la función reproductora. En torno al sexo, silencio. Dicta la ley la pareja legítima y procreadora. Se impone como modelo, hace valer la norma, detenta la verdad, retiene el derecho de hablar reservándose el principio del secreto.

Recordando el supuesto sobre una posible diferencia entre un saber infantil repetido sin llegar a ser analizado sobre sexualidad y uno procesado y asimilado, acorde al estadio del niño y adolescente, traemos esto que M. Foucault encuentra analizando la sexualidad en siglos anteriores al nuestro y que se expresa como vaivenes entre libertad y discreción, entre comodidad y represión, acorde a distintos momentos históricos. A partir de su reflexión, pensemos cuánto se sigue callando por parte de la familia, como costumbre heredada de aquella época de silencios y cuánto es gritado a través de medios gráficos, informativos y tecnológicos, sobre el mismo tema, disimulado en el hogar. Parecen varios siglos sintetizados en un solo momento histórico, basado en la ambivalencia.

El autor continúa, preguntándose ¿Estaríamos ya liberados de esos dos largos siglos donde la historia de la sexualidad debería leerse en primer término como la crónica de una represión creciente?... Se nos explica que si a partir de la edad clásica la represión ha sido, por cierto, el modo fundamental de relación entre poder, saber y sexualidad, no es posible liberarse sino a un precio considerable: haría falta nada menos

que una trasgresión de las leyes, una anulación de las prohibiciones, una irrupción de la palabra, una restitución del placer a lo real y toda una nueva economía en los mecanismos del poder; pues el menor fragmento de verdad está sujeto a condición política. Esta irrupción de la palabra es la que buscamos encontrar en los discursos que analizaremos, ya que, según Foucault, el siglo XVII sería el comienzo de una edad de represión, propia de las sociedades llamadas burguesas, y de la que quizá todavía no estaríamos completamente liberados. A partir de ese momento, nombrar el sexo se habría tornado más difícil y costoso. Como si para dominarlo en lo real hubiese sido necesario primero reducirlo en el campo del lenguaje, controlar su libre circulación en el discurso, expulsarlo de lo que se dice y apagar las palabras que lo hacen presente con demasiado vigor. Finalmente, el autor agrega que, considerando... (los) últimos tres siglos en sus continuas transformaciones, las cosas aparecen muy diferentes: una verdadera explosión discursiva en torno y a propósito del sexo. Es bien posible que haya habido una depuración —y rigurosísima— del vocabulario autorizado. Es posible que se haya codificado toda una retórica de la alusión y de la metáfora. Fuera de duda, nuevas reglas de decencia filtraron las palabras: policía de los enunciados. Control, también, de las enunciaciones: se ha definido de manera mucho más estricta dónde y cuándo no era posible hablar del sexo; en qué situación, entre qué locutores, y en el interior de cuáles relaciones sociales; así se han establecido regiones, si no de absoluto silencio, al menos de tacto y discreción: entre padres y niños, por ejemplo, o educadores y alumnos, patrones y sirvientes. Y un poco más adelante, Foucault concluye que se debe hablar del sexo, se debe hablar públicamente y de un modo que no se atenga a la división de lo lícito y lo ilícito, incluso si el locutor mantiene para sí la distinción; se debe hablar como de algo que no se tiene, simplemente, que condenar o tolerar, sino que dirigir, que insertar en sistemas de utilidad, regular para el mayor bien de todos, hacer funcionar según un óptimo. El sexo no es cosa que sólo se juzgue, es cosa que se administra. Participa del poder público; solicita procedimientos de gestión; debe ser tomado a cargo por discursos analíticos. En el siglo XVIII el sexo llega a ser asunto de "policía". Policía del sexo: es decir, no el rigor de una prohibición sino la necesidad de reglamentar el sexo mediante discursos útiles y públicos, concluye el autor.

Administrar el sexo, enseñarlo guiando y acompañando, permitiendo el espacio para las preguntas, las dudas y la investigación, intentando alejarnos de una verdad única, dando lugar a la imaginación y las fantasías; premisas para una práctica que aquí

se intenta resumir con la finalidad de recorrer los lugares de los que partiremos luego en nuestra experiencia. Actualmente, dichas premisas nos conducirán a la estructura de una Educación Sexual moderna y acorde a los veloces tiempos que corren. Luis M. Aller A. (1995) define el foco de la Educación para la Sexualidad Humana como un *Diálogo* continuo y un proceso mutuo de exploración y descubrimientos con los jóvenes y adultos acerca de *Quiénes* somos y *Cómo* nos relacionamos con los demás. Si bien no forma parte de nuestra investigación conocer o evaluar la existencia o la necesidad de una Educación para la Sexualidad en los jóvenes que formarán parte del grupo objeto de estudio, nos parece importante tomar algunos de sus objetivos como puntos de encuentro con los nuestros en la presente labor investigativa, ya que el descubrimiento de “quiénes somos” y “cómo nos relacionamos” nos permitirá comprender un poco más sobre la imagen de sí mismos y del otro que se desprenden de las fantasías expresadas por los niños y adolescentes. Luis M. Aller A. considera que un programa de Educación u Orientación para la Sexualidad Humana no debe estar circunscrito simplemente a dar información, sino que debe ser un proceso global basado en los conocimientos científicos actuales acerca del papel que le corresponde a la sexualidad humana en la vida de los individuos. Encontramos en esta descripción algunos de los supuestos que tomaremos como base de este trabajo, para acercarnos al encuentro con el saber y las fantasías de los niños, y con la finalidad de distinguir orígenes y conocer reflexiones. Algunos de los principios o pilares del proceso global mencionado por el autor que preferimos mencionar a modo de síntesis son:

- A cualquier edad del individuo hay que esperar como normal alguna manifestación de...sexualidad. Hoy en día tales expresiones pueden presentarse antes debido a una temprana madurez reproductiva y a un más rápido proceso de socialización.
- La conducta sexual y sus consecuencias están determinadas y condicionadas por las características familiares, el concepto sobre “roles” sexuales, experiencias anteriores, geografía y oportunidades, más que por el hecho de ofrecer información o instrucción sexual.

- No existe una norma establecida o universalmente aceptada de conducta sexual. Las normas varían con cada clase social, religión, educación y estilo de vida.

Retrocedamos nuevamente y retomemos la historia narrada por M. Foucault, quien continúa, contando cómo el sexo del colegial llegó a ser durante el siglo XVIII — de un modo más particular que el de los adolescentes en general— un problema público. Los médicos se dirigen a los directores de establecimientos y a los profesores, pero también dan sus opiniones a las familias; los pedagogos forjan proyectos y los someten a las autoridades; los maestros se vuelven hacia los alumnos, les hacen recomendaciones y redactan para ellos libros de exhortación, de ejemplos morales o médicos. En torno al colegial y su sexo prolifera toda una literatura de preceptos, opiniones, observaciones, consejos médicos, casos clínicos, esquemas de reforma, planes para instituciones ideales. Y en medio de todas esas medidas, el niño no debía ser sólo el objeto mudo e inconsciente de cuidados concertados por los adultos únicamente; se le imponía cierto discurso razonable, limitado, canónico y verdadero sobre el sexo, una especie de ortopedia discursiva. El autor agrega que se podrían citar otros muchos focos que entraron en actividad, a partir del siglo XVIII o del XIX, para suscitar los discursos sobre el sexo. En primer lugar la medicina, por mediación de las "enfermedades de los nervios"; luego la psiquiatría, cuando se puso a buscar en el "exceso", luego en el onanismo, luego en la insatisfacción, luego en los "fraudes a la procreación" la etiología de las enfermedades mentales, pero sobre todo cuando se anexó como dominio propio el conjunto de las perversiones sexuales; también la justicia penal, que durante mucho tiempo había tenido que encarar la sexualidad, sobre todo en forma de crímenes "enormes" y contra natura, y que a mediados del siglo XIX se abrió a la jurisdicción menuda de los pequeños atentados, ultrajes secundarios, perversiones sin importancia; por último, todos esos controles sociales que se desarrollaron (...) y que filtraban la sexualidad de las parejas, de los padres y de los niños, de los adolescentes peligrosos y en peligro —emprendiendo la tarea de proteger, separar y prevenir, señalando peligros por todas partes, llamando la atención, exigiendo diagnósticos, amontonando informes, organizando terapéuticas—; irradiaron discursos alrededor del sexo, intensificando la consciencia de un peligro incesante que a su vez reactivaba la incitación a hablar de él. Desde el siglo XVIII el sexo no ha dejado de provocar una especie de eretismo discursivo generalizado. Y tales discursos sobre el sexo no se han multiplicado fuera del poder o contra él, sino en el lugar mismo donde se ejercía y como

medio de su ejercicio; en todas partes fueron preparadas incitaciones a hablar, en todas partes dispositivos para escuchar y registrar, en todas partes procedimientos para observar, interrogar y formular. Se lo desaloja y constriñe a una existencia discursiva. Desde el imperativo singular que a cada cual impone transformar su sexualidad en un permanente discurso hasta los mecanismos múltiples que, en el orden de la economía, de la pedagogía, de la medicina y de la justicia, incitan, extraen, arreglan e institucionalizan el discurso del sexo, nuestra sociedad ha requerido y organizado una inmensa prolijidad. Quizá ningún otro tipo de sociedad acumuló jamás, y en una historia relativamente tan corta, semejante cantidad de discursos sobre el sexo. Así es como el autor destaca puntos que en esta investigación se toman en cuenta, ya que hacen a nuestra pregunta inicial, esta breve descripción de cómo han sido suscitados los discursos sobre el sexo, cómo y dónde se esparcieron y lo que generaron en la sociedad, nos sirve como base para entender un poco más la historia de lo que pretendemos analizar.

Lo comentado hasta aquí sobre la historia del discurso sobre el sexo nos permite avanzar un poco más en el tiempo para poder seguir este hilo conductor que estamos armando y llegamos así a poder concentrarnos en la importancia del lenguaje. Es, a través del lenguaje que nuestros sujetos de análisis expresarán lo que piensan y saben y es por eso, parte de nuestra labor profundizar sobre esta rama y conocer la relación que otros autores establecen entre lenguaje y sexo. Veremos a continuación un análisis crítico sobre cómo el lenguaje influye en nuestras nociones de sexo, género y sexualidad.

Teoría de género

Para Judith Butler (1999) el género se construye culturalmente y no es el resultado causal del sexo ni tampoco es tan aparentemente rígido como el sexo. La autora agrega que si el género es los significados culturales que acepta el cuerpo sexuado, entonces no puede afirmarse que un género únicamente sea producto de un sexo. También se tiene en cuenta la relación que Butler realiza con la teoría de Freud cuando menciona que el “sujeto” masculino es una construcción ficticia elaborada por la ley que prohíbe el incesto y dictamina un desplazamiento infinito de un deseo heterosexualizador. Lo femenino nunca es una marca del sujeto; lo femenino no podría ser un “atributo” de un género. Más bien, lo femenino es la significación de la falta, significada por lo Simbólico; un conjunto de reglas lingüísticas diferenciadoras que generan la diferencia sexual. La postura lingüística masculina soporta la individualización exigidas por las prohibiciones fundadoras de la ley Simbólica, la ley del Padre. El tabú del incesto, que aleja al hijo de la madre y de este modo determina la relación de parentesco entre ellos, es una ley que se aplica “en el nombre del Padre”. De forma parecida, la ley que repudia el deseo de la hija por la madre y por el padre exige que la niña acepte el emblema de la maternidad y preserve las reglas del parentesco. De esta manera, tanto la posición masculina como la femenina se establecen por medio de leyes prohibitivas que crean géneros culturalmente inteligibles, pero únicamente a través de la creación de una sexualidad inconsciente que reaparece en el ámbito de la imaginación.

Butler realiza un recorrido sobre distintos ejes en torno al sexo y el género; en una de sus obras aquí trabajada, hace hincapié, retomando la opinión de otras autoras, en la importancia del discurso y el lenguaje. Mencionamos que es necesario reflexionar sobre este tema ya que hace a los fines de nuestra investigación, pero además es considerado porque nos guía hacia nuevos caminos que tendremos que tener en cuenta para lograr una mirada más abarcativa. Butler profundiza sobre las reales diferencias entre género y sexo y se pregunta por el origen de esos conceptos. Así, nos trae la reflexión de autoras como Monique Wittig para quien el género es el índice lingüístico de la oposición política entre los sexos. Explica que género se utiliza aquí en singular porque realmente no hay dos géneros. Únicamente hay uno: el femenino, pues el “masculino” no es un género. Porque lo masculino no es lo masculino, sino lo general.

Wittig hace referencia al “sexo” como una marca que de alguna forma se refiere a la heterosexualidad institucionalizada, una marca que puede ser eliminada u ofuscada mediante prácticas que necesariamente niegan esa institución... Para Wittig el lenguaje es un instrumento o herramienta que en ningún caso es misógino en sus estructuras, sino sólo en sus utilizaciones. Entramos aquí a un recorrido que nos permite considerar otros puntos en relación a nuestros objetivos, si bien respondemos a un recorte que no nos invita a preguntarnos sobre un discurso heterosexualizador, consideramos importante entender cuál es la opinión de estas autoras sobre el lugar que el lenguaje habilita en torno al género y al sexo y cuál es su función. De esta manera aportamos nuevos elementos al marco que sostiene la práctica llevada a cabo en el presente trabajo.

Judith Butler nos invita a conocer también la opinión de Luce Irigaray para quien, la posibilidad de otro lenguaje o economía significativa es la única forma de evitar la “marca” del género que, para lo femenino, no es sino la eliminación falogocéntrica de su sexo. Mientras que Irigaray intenta explicar la relación presuntamente “binaria” entre los sexos como una estratagema masculinista que niega completamente lo femenino, Wittig afirma que posturas como la de Irigaray vuelven a afianzar lo binario entre masculino y femenino y vuelven a poner en movimiento una noción mítica de lo femenino... En algún lugar de sus escritos, la homosexualidad (tanto masculina como femenina, así como otras posiciones independientes del contrato heterosexual) ofrece la posibilidad tanto para el derrocamiento como para la proliferación de la categoría de sexo. Desde estos pensamientos tenemos mucho para reflexionar, estas autoras nos invitan a encontrar puntos de contacto entre sus dichos y lo que esbozaremos como conclusiones en el presente escrito. ¿Podríamos entonces adelantarnos y suponer que hallaremos huellas de un discurso heterosexualizador que busca afianzar la mencionada relación binaria entre los sexos? De ser así, ¿podremos concluir que las fantasías sobre sexualidad que escucharemos responderán a las estrategias de este discurso? ¿Encontraremos signos de esa noción mítica de lo femenino?

Se torna necesario seguir un poco más sobre el tema, ya que desde estas nuevas relaciones que estamos conociendo, podemos incorporar lo narrado por Aller Atucha sobre los roles que les son asignados desde pequeños a hombres y mujeres y se relacionan a esta relación binaria entre masculino y femenino, agregando un nuevo elemento que tendremos en cuenta: la función reproductiva. Entramos al terreno de la

red lenguaje, fantasías y juegos. El autor cuenta que tal vez una de las más grandes revoluciones de este siglo (hablando del siglo XX) es haber podido separar el sexo de la función reproductiva... No obstante esta nueva premisa, la sociedad continúa incentivando la función exclusivamente reproductiva del sexo y es así que desde la más temprana edad los niños, varón y mujer, son socializados para que cumplan, en el futuro, roles diferenciados basados en conceptos biológicos, psicológicos y sociales de lo que se espera que sea un “verdadero varón” y una “verdadera mujer”. A ellos se les permite, y alienta, desempeñar en sus juegos (una de las formas del aprendizaje de ser adultos) roles de padre y madre. Pero siempre se les reserva a las niñas el papel de “madres tiernas, sacrificadas y preocupadas en la educación de sus hijos”, mientras que a los varones se les asignan roles agresivos que corresponden al futuro “macho proveedor y protector de la débil mujer”. El autor agrega más adelante: “No obstante, todo juego que esté vinculado a la exploración y descubrimiento de su cuerpo, será implícita o explícitamente prohibida”. Vemos así cómo estas ideas van conformando una base y se van interrelacionando desde diferentes perspectivas completando el panorama inicial del que se partirá ¿Cómo serán los roles que se encontrarán en los diferentes relatos? ¿Serán bien definidos, a partir de la biología? ¿Cómo será el lenguaje utilizado para expresar las fantasías, a qué tipo de discurso responderá? Si aparecerán con un relato de géneros “bien definidos”, ¿encontraremos fantasías también bien definidas?

Recordando lo plasmado al comienzo de este trabajo sobre la función transformadora de los medios de comunicación e internet, sobre su influencia en los primeros abordajes infantiles y adolescentes al tema sexualidad, traemos una vez más a Aller Atucha quien proclama que podemos afirmar que, si bien en el discurso la sociedad rechaza el sexo-placer, en la práctica lo utiliza como elemento motivacional para la venta, dirigida a aquellos que pueden comprar. Quien no puede hacerlo, se ve obligado a restringir su actividad sexual a lo exclusivamente reproductivo. En este sentido se ha democratizado el ejercicio del sexo-reproducción, pero no ha sido democratizado el sexo-placer, que a través de la historia y en la época actual, está reservado únicamente a la elite del intelecto o del dinero (Pág. 33). Nos parece necesario incluir esta reflexión ya que nos muestra una manera más de analizar la información que recopilamos, a partir de los discursos que escucharemos ¿Encontraremos rastros del mensaje motivacional transmitido por las nuevas

tecnologías que apunta a la obtención del placer? O bien, ¿será la función reproductiva expresada en roles tajantemente determinados la que impere en el discurso presentado?

Cultura y sexualidad

Butler explica que el género no siempre se constituye de forma coherente o consistente en contextos históricos distintos, porque se entrecruza con modalidades raciales, de clase, étnicas, sexuales y regionales de identidades discursivamente construidas. Así, es imposible separar el “género” de las intersecciones políticas y culturales en las que constantemente se produce y se mantiene.

Por otra parte, Luis María Aller Atucha realiza un análisis de la evolución histórica y cultural de la humanidad y explica que esa es la manera con la que podremos conocer no sólo los lazos que nos unen al pasado, sino también las sucesivas transformaciones por las que atraviesa la humanidad en su marcha (Pág. 4). El autor relaciona la cotidianeidad y la cultura de distintas épocas con la forma como se reconoce y expresa la sexualidad en cada momento histórico, dejando más que en claro la relación entre ambas categorías y más aún, cómo la sexualidad es construida desde la cultura.

Retomando el análisis de J. Butler, podremos seguir relacionando conceptos, profundizando ahora en la función que la autora le atribuye a la cultura. Consideramos que su posición nos ayudará a ubicarnos para saber desde qué lugar escucharemos y preguntaremos, de manera que nuestra experiencia no se limite a una simple recopilación de datos que muestre resultados cuantitativos sino que además nos permita construir suposiciones que inviten a una reflexión crítica. Nos parece interesante, a partir de lo recién aclarado cuando la autora explica que en algunos estudios, la afirmación de que el género está construido sugiere cierto determinismo de significados de género inscritos en cuerpos anatómicamente diferenciados, y se cree que esos cuerpos son receptores pasivos de una ley cultural inevitable. Cuando la “cultura” pertinente que “construye” el género se entiende en función de dicha ley o conjunto de leyes, entonces parece que el género es tan preciso y fijo como lo era bajo la afirmación de que “biología es destino”. En tal caso, la cultura, y no la biología, se convierte en destino. En la medida en que la “identidad” se preserva mediante los conceptos

estabilizadores de sexo, género y sexualidad, la noción misma de “la persona” se pone en duda por la aparición cultural de esos seres con género “incoherente” o “discontinuo” que aparentemente son personas pero que no se corresponden con las normas de género culturalmente inteligibles mediante las cuales se definen las personas. Los géneros “inteligibles” son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la “expresión” o “efecto” de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual. La noción de que puede haber una “verdad” del sexo, como la denomina irónicamente Foucault, se crea justamente a través de las prácticas reguladoras que producen identidades coherentes a través de la matriz de reglas coherentes de género. La heterosexualización del deseo exige e instaura la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre “femenino” y “masculino”, entendidos estos conceptos como atributos que designan “hombre” y “mujer”. La matriz cultural (mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género) exige que algunos tipos de “identidades” no puedan “existir”: aquéllas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son “consecuencia” ni del sexo, ni del género. En este contexto, “consecuencia” es una relación política de vinculaciones creadas por las leyes culturales, las cuales determinan y reglamentan la forma y el significado de la sexualidad. Si bien no pretendemos profundizar en el tema identidad de género, sí creemos más que importante definir nuestra posición al respecto, para poder así entender cómo está articulada la información que recibamos, en el caso que sea necesario remitirnos a dicho tema.

Como se anticipaba, la posición presentada en el párrafo anterior sobre la compleja tarea que la cultura encabeza nos lleva a cuestionarnos por los lugares que supuestamente estamos destinados a ocupar, en relación a lo ya mencionado sobre roles determinantes que “debemos” desempeñar. Nos preguntamos, como inicialmente comentábamos, por el lugar al que queda relegado el deseo, el verdadero y auténtico deseo que va siendo poco a poco manipulado, con la finalidad de cumplir con los parámetros culturalmente preestablecidos, hasta el punto que ya no pueda ser ni reconocido por uno mismo. De esta dinámica a la que estamos expuestos se desprenden nuestras acciones y decisiones. Por eso es más que necesario comprender desde qué

lugar hablamos frente a nuestros niños y adolescentes, qué discursos repetimos como auténticos, qué valores transmitimos y cuánto espacio respetamos para el movimiento de reconocimiento libre de la propia identidad; es decir, no serviría de nada “estudiar” para saber lo que piensa el otro si no podemos verterlo en un marco inspirado por una ideología que podamos defender como respetuosa de la subjetividad, no sólo en materia de sexualidad sino en todos los aspectos.

Zygmunt Bauman (2005) habla de nuestra cultura de consumo como partidaria de los productos listos para uso inmediato, las soluciones rápidas, la satisfacción instantánea, los resultados que no requieren esfuerzos prolongados, las recetas infalibles, los seguros contra todo riesgo y las garantías de devolución de dinero. Sería interesante descubrir si estas características se reflejan en los hábitos sexuales de la mayoría de la población sexualmente activa, más allá de que el autor apunta a vincular esas características con la actividad de amar y con lo que pretendemos de las relaciones amorosas. Siguiendo por este camino podremos analizar las características de la sociedad actual y preguntarnos cómo influye en la actividad sexual, esperando así estar mejor preparados al momento de conocer información y fantasías de niños y adolescentes. El mismo autor en otro de sus libros del año 2003 explica que el arquetipo de la carrera que corre cada miembro de la sociedad de consumidores (en una sociedad de consumo todo es a elección, salvo la compulsión a elegir, la compulsión que se convierte en adicción y que por lo tanto deja de percibirse como compulsión) es la actividad de comprar. Seguiremos en carrera mientras compremos, y no sólo hacemos nuestras compras en comercios, supermercados o tiendas departamentales, los “templos del consumo” de George Ritzer. Si “ir de compras” significa examinar el conjunto de posibilidades, tocar, palpar, sopesar los productos en exhibición, comparar sus costos con el contenido de la billetera o con el límite de la tarjeta de crédito, cargar algunos en el carrito y devolver otros a su anaquel... entonces compramos tanto fuera de los comercios como dentro de ellos; compramos en la calle y en casa, en el trabajo y en el ocio, despiertos y en sueños. En este marco no podemos ignorar que el tema sexualidad se encuentra en los primeros lugares de la lista de actividades que el consumismo adoptó, ya sea como mencionábamos páginas atrás, como parte de la estrategia que incentiva a adquirir bienes y servicios o bien, como un producto en sí mismo que queremos comprar, a partir del cual buscamos poseer al otro, tomarlo, tenerlo, disfrutarlo, usarlo, gastarlo, reciclarlo, tirarlo, lo comparamos con otros productos y nos

quejamos si no cumple con lo que dice la etiqueta, buscamos esa “satisfacción garantizada”. Y ante la infinidad de opciones nos tornamos cada vez más intolerantes, ¿vale la pena ceder en lo que me gusta si puedo conseguir lo mismo o mejor a la vuelta de la esquina? El individualismo asoma sin timidez y exige, reclama su satisfacción. Todo es rápido o no sirve. El autor sigue y aclara aún más, agregando que el consumismo de hoy no tiene como objeto satisfacer las necesidades –ni siquiera las necesidades más sublimes (algunos dirían, incorrectamente, “artificiales”, “imaginarias”, “derivativas”) es decir, las necesidades de identidad o de confirmación con respecto al grado de “adecuación” –. Se ha dicho que el *spiritus movens* de la actividad del consumidor ya no es un conjunto de necesidades definidas, sino el *deseo* – una entidad mucho más volátil y efímera, evasiva y caprichosa, y esencialmente mucho más vaga que las “necesidades”, un motivo autogenerado y autoimpulsado que no requiere justificación ni causa–. La historia del consumismo es la historia de la ruptura y el descarte de los sucesivos obstáculos “sólidos” que limitan el libre curso de la fantasía y reducen “el principio del placer” al tamaño impuesto por el “principio de realidad”... La “necesidad”... fue descartada y reemplazada por el deseo... ahora al deseo le toca el turno de ser desechado. Ha dejado de ser útil: tras haber llevado la adicción del consumidor a su estado actual, ya no puede imponer el paso. Se necesita un estimulante más poderoso y sobretodo más versátil para mantener la demanda del consumidor en el mismo nivel de la oferta. El “anhelo” es ese reemplazo indispensable: completa la liberación del “principio de placer”, eliminando y desechando los últimos residuos de los impedimentos del “principio de realidad”... Nos preguntamos si encontraremos pruebas de este análisis, si los relatos que conoceremos nos mostrarán expresiones relacionadas a la reflexión del autor, es decir, al hablar de la primera relación sexual o de la sexualidad en general, los niños y adolescentes emplearán términos como relación, amor, sentimientos, querer a una pareja, conocer al otro o bien, aparecerán términos que indiquen cantidad, tiempo, placer, deseo, objetos materiales, etc.

Como indica Bauman, la vida organizada en torno al consumo... “*está guiada por la seducción, por la aparición de deseos cada vez mayores y por los volátiles anhelos, y no por reglas normativas*” (Pág. 82). En relación a esto, el autor continúa con algo más que tomaremos, ya que comenta que la idea de “lujo” no tiene demasiado sentido, ya que el punto es convertir el lujo de hoy en la necesidad de mañana, y reducir al mínimo la distancia entre “hoy” y “mañana” – “lo quiero ya” –. Como no hay normas

para convertir algunos deseos en necesidades y quitar legitimidad a otros deseos, convirtiéndolos en “falsas necesidades”, no hay referencias para medir el estándar de “conformidad”. La principal preocupación entonces, es la de *adecuación*: “estar siempre listo”, tener la capacidad de aprovechar la oportunidad cuando se presenta, desarrollar nuevos deseos hechos a medida de las nuevas e inesperadas atracciones, “estar más enterado” que antes, no permitir que las necesidades establecidas provoquen nuevas sensaciones redundantes o reducir la capacidad de absorberlas y experimentarlas. Entonces como decíamos, esta percepción de Bauman nos invita a pensar en una posible influencia de la mencionada preocupación por la adecuación, sobre el ámbito de lo sexual, y pensamos en cómo el “estar siempre listo” y el “estar más enterado” podría haberse convertido en una directiva que corre de manera silenciosa entre los pequeños y no tan pequeños, provocando que aquél que muestre inocencia, sorpresa o desinterés por algún tema actual, sea condenado y se convierta en víctima de burlas y estigmas sociales impresos entre compañeros y amigos. ¿Podremos suponer que el que más dice saber sobre sexo, el que más se anima a demostrar, el que más “canchero” se muestra desafiando a compañeros, es el que será líder? Líder de su grupo de amigos y quizás, líder mañana, ante una sociedad que estigmatiza y empuja un poco más allá, para hacer un poco más que lo que nuestra verdadera personalidad nos indica como adecuado. Viendo en líneas generales lo que el consumismo nos indica como modelo a seguir, puede leerse que ser niño ya no implicaría jugar para reír y divertirse, sino tener celular para estar a la moda, ya no sería crear, inventar y soñar, sino, comprar, chatear y saber qué marca de gaseosa trae más felicidad a la mesa. La adolescencia intensifica aún más estos cambios con respecto a décadas anteriores y nos empuja a preguntarnos si al momento de responder un cuestionario será ese falso self que aparenta tener todas las respuestas y está siempre a la moda el que nos cuente sus perspectivas, o encontraremos una persona con dudas o miedos pero conciente de su edad y camino recorrido.

Y hablamos de individualismo como una de las características de nuestros días, ya que parecemos exigir con egoísmo esa garantía de satisfacción total en mucho de lo que incluimos en nuestra vida, y al no poder obtener dicha satisfacción de manera inmediata, nos sentimos empujados a buscarla en otro lugar, impacientes y dispuestos a conseguir lo que anhelamos a cualquier precio. Algo similar ocurre al final de una relación, cuando suele escucharse el famoso consuelo: “él/ella se lo pierde” o ante una pelea de pareja aconsejamos a nuestra amiga “supongo que no vas a *comprar* esa

excusa"... Parece haber un no querer o no animarse a mirarnos a nosotros mismos para encontrar errores que llevaron a la falla, cuando en lugar de esa tarea real, podemos adquirir la ilusión de un nuevo y divertido producto que aumentará nuestro valor personal, sea ropa a la moda, aparatos tecnológicos, etc. (cuánto se escucha sobre "ir de shopping para levantar el ánimo") o bien, podemos conocer a alguien más que se sorprenderá con nuestros atributos, por un tiempo tal vez, pero tiempo suficiente al fin, ya que no necesitamos mucho si queremos evitar que nuestra sobre-estimulada atención se aburra. Nos dice Bauman que, si los vínculos humanos, como el resto de los objetos de consumo, no necesitan ser construidos con esfuerzos prolongados y sacrificios ocasionales, sino que son algo cuya satisfacción inmediata, instantánea, uno espera en el momento de la compra -y algo que uno rechaza si no satisface, algo que se conserva y utiliza sólo mientras continúa gratificando (y nunca después)-, entonces no tiene sentido "tirar margaritas a los chanchos" intentando salvar esa relación, con más y más desgaste de energías cada vez, y menos aún sufrir las inquietudes e incomodidades que esto implica. Hasta el más mínimo traspie puede hacer colapsar esa sociedad y quebrarla; los desacuerdos más triviales se transforman en amargas disputas, las fricciones más leves son tomadas como señales de una esencial e irreparable incompatibilidad.

En este contexto de funcionalidad emocional, nos animamos a preguntar por el lugar de la sexualidad, para poder más adelante conocer cómo se "preparan" los niños y adolescentes para su vida sexual. Nos preguntamos si la práctica sexual actual responde a este hábito de exigir la rápida satisfacción garantizada, si encontraremos discursos que respondan a la inspiración de una propaganda en la que la manera de ser considerado más deseados por el otro responde al hecho de tener determinada marca de zapatillas, o por usar la nueva fragancia que brilla en los estantes de la perfumería. Como indica Aller Atucha, en nuestra época, en efecto, el sexo se manifiesta de diversas y variadas formas: en fotografías y en revistas, en cine y televisión, en literatura y en conversaciones, en las playas y en la pintura, en la moda y las costumbres, en los debates y clases... Este fenómeno constituye un hecho nuevo en la historia, por lo menos en cuanto a la intensidad y frecuencia con que se suceden las manifestaciones del sexo, en una sociedad que cada día se vuelve más permisiva en este aspecto. Entonces, finalmente, ¿aparecerá de la misma manera el sexo en niños y adolescentes? ¿Sus fantasías equivaldrán a las publicidades vistas? ¿Cuánto habrá de reproducción y cuanto

de creación? ¿Qué lugar ocupan los padres frente a esta perspectiva? ¿Serán cómplices o silenciadores? ¿Reproductores o represores?

Entonces, tomaremos como referencia los prototipos que vemos en la televisión e internet sobre cómo ser modernos o sobre cómo debería ser una relación actual, para poder así reconocer las diferencias o similitudes existentes a partir de este bombardeo psicológico. Otro punto en relación a esta influencia, que queremos tener en cuenta, se vincula a lo mencionado en páginas anteriores respecto a las diferencias creadas culturalmente y naturalizadas hoy en día entre los géneros y al lugar asignado a niños y niñas, para que puedan llegar a concretar futuros roles sociales de hombres y mujeres, éstos no se viven de la misma manera que en décadas pasadas y, como decíamos, es un escenario representado en los medios y asimilado por toda la sociedad. Anthony Giddens (1998) nos acerca lo que cuenta Lilian Rubin, quien estudió en 1989 las historias sexuales de casi mil personas heterosexuales de Estados Unidos, de edades entre los dieciocho y cuarenta y ocho años, a partir de las cuales describió y reveló “la crónica de un cambio de gigantescas proporciones en las relaciones entre hombre y mujer”, durante las pasadas décadas. La autora cuenta que en la época de la Segunda Guerra Mundial la virginidad de las mujeres hasta el matrimonio era apreciada por los dos sexos. Si se permitían algún intercambio sexual con algún amigo, pocas chicas pregonaban el hecho. Muchas permitían que esto sucediese sólo una vez comprometidas con el chico en cuestión. Las muchachas más activas sexualmente eran desprestigiadas por las demás y también por los muchachos muy masculinos, que trataban de “aprovecharse” de ellas. Exactamente de la misma manera en que la reputación social de las muchachas descansaba sobre su habilidad para resistir o contener los acosos sexuales, la de los chicos dependía de las conquistas sexuales que podían lograr. Rubin agrega que cuando consideramos la actividad sexual de los adolescentes hoy menores de veinte años, observamos que la distinción entre chicas buenas y malas todavía se aplica en términos fijados por la ética de la conquista masculina. Pero otras actitudes por parte de muchas chicas menores de veinte años en particular, han cambiado radicalmente. Piensan que es legítimo desarrollar una actividad sexual, incluido el coito a la edad que les parezca oportuno. En la encuesta de Rubin, prácticamente ninguna adolescente menor habla de “preservarse” para un compromiso futuro o para el matrimonio. En su lugar, hablan con un mensaje de romance y compromiso, que reconoce la realidad potencialmente finita de sus primeras experiencias sexuales. Así, en respuesta a la

pregunta sobre sus actividades sexuales con su amigo, una muchacha de dieciséis años observaba: “nos amamos; por tanto, no hay razón para no hacer el amor”. Rubin le preguntó entonces, en qué medida contemplaba una vinculación a largo plazo con su pareja. Su respuesta fue: “¿Quiere decir que si nos casaremos? La respuesta es no. ¿O si seguiremos juntos el próximo año? Lo ignoro. Queda mucho tiempo. La mayoría de los muchachos no están juntos durante tanto tiempo. Nosotros sólo haremos planes para el tiempo en que estemos juntos. ¿No es eso un compromiso?”. Encontramos aquí, en una investigación realizada casi veinte años atrás, los atisbos de lo que podemos considerar que hoy está llegando, o llegó, a su punto más alto, la necesaria velocidad de la satisfacción, el disfrute sin pensar en consecuencias o sin hacer planes, los objetivos del consumidor individualista que se aburre fácilmente y no se arriesga a incorporar un compromiso a largo plazo en su vida, porque el mercado lo empuja a probar cada vez más productos en un período más corto de tiempo... Vivir la vida hoy, para mí y ahora. Continuamos con el relato de Rubin, quien cuenta que la mayor parte de los hombres dan la bienvenida al hecho de que las mujeres estén más dispuestas sexualmente y proclaman que, en una relación sexual a largo plazo, desean que el otro miembro de la pareja sea intelectual y económicamente su igual. No obstante, de acuerdo con sus investigaciones, se encuentran abiertos o inconscientemente incómodos, cuando deben hacer frente a las implicaciones de estas preferencias. Dicen que las mujeres “han perdido la capacidad de ser amables”; que “no saben cómo comprometerse ya” y que las “mujeres hoy no desean ser esposas, y que ellos quieren esposas”. Finalmente agrega que la mayor parte de las personas, hombres y mujeres, llegan ahora al matrimonio trayendo un acervo sustancial de experiencia y conocimientos sexuales. No produce en su caso la abrupta transición entre los manoseos torpes o los encuentros ilícitos y la sexualidad más segura, aunque frecuentemente más exigente, del lecho matrimonial. Las parejas casadas recientemente tienen la mayoría de las veces experiencia sexual y ya no hay periodo de aprendizaje sexual en las primeras etapas del matrimonio, incluso cuando los individuos no han vivido juntos previamente. Las mujeres esperan recibir, así como proporcional, placer sexual. Muchas han llegado a considerar una vida sexual plena como un requisito clave para un matrimonio satisfactorio. La proporción de mujeres casadas durante más de cinco años que han tenido aventuras sexuales extramaritales es hoy virtualmente la misma que la de los hombres. La doble moral existe todavía, pero las mujeres ya no toleran la opinión de que, mientras los hombres necesitan variedad y probablemente emprenden aventuras extra maritales, ellas deban

comportarse de otra forma. Hasta aquí nos encontramos con autores que, en referencia a este punto, nos hablan de una crianza que apunta a marcar y remarcar la diferencia entre géneros, y una realidad actual que va desfigurando y mezclando esas diferencias, apoyada en la actividad de los medios que legitimizan la uniformidad y la igualdad, para lograr sus objetivos comerciales. Será nuestra misión conocer si el recorte de realidad que analizaremos responde a una u otra premisa. ¿Podremos descubrir si las niñas o los niños de nuestra actualidad son criados de manera tal que sientan que deben llenar un rol de género socialmente preestablecido en el que la niña prioriza en su imaginación el ser mamá y ama de casa y el niño el proveedor del hogar? ¿Qué lugar ocupará el tema sexualidad en ese escenario imaginativo? O bien, ¿qué idea tendrán sobre la sexualidad de no existir tal escenario? La misma premisa será aplicada con los/as adolescentes, con respecto a si sentirán el peso de un rol impuesto que coarte sus deseos o si bien, un torbellino de estímulos habrá liberado al sujeto para expresar su sexualidad plenamente, más allá de lo que la sociedad espere de su persona. Siempre teniendo en cuenta que será también el nivel de conocimientos sobre sexualidad poseído, el que nos brindará una visión más completa sobre el pensamiento de nuestros entrevistados.

CAPÍTULO II

Inicio Sexual

Introducción

Freud (1917-1918) nos inicia en el tema del inicio sexual con su análisis sobre *“cómo entre las peculiaridades de la vida sexual de los pueblos primitivos no hay ninguna tan ajena a nuestros sentimientos como su valoración de la virginidad”*. Agrega que sería inexacto describirla (la conducta de los pueblos primitivos) diciendo que no dan valor alguno a la virginidad y aduciendo como prueba su costumbre de hacer desflorar a las adolescentes fuera del matrimonio y antes del primer coito conyugal. Muy al contrario, parece que también para ellos constituye el desfloramiento un acto importantísimo, pero que ha llegado a ser objeto de un tabú; esto es, de una prohibición de carácter religioso. En lugar de reservarlo al prometido y futuro marido de la adolescente, la costumbre exige que el mismo eluda tal función. Esta perforación del himen fuera del matrimonio ulterior es algo muy difundido entre los pueblos primitivos hoy en día existentes.

Ahora bien: si el desfloramiento no ha de ser realizado en el primer coito conyugal, continúa Freud, habrá de tener efecto por alguien y en alguna forma antes del mismo. Aquí Freud reproduce algunos pasajes de Crawley, a los fines de ilustrar esta cuestión y cuenta así que:

Pág. 191: “Entre los dieri y algunas tribus vecinas (Australia) es costumbre general proceder a la rotura del himen al llegar las jóvenes a la pubertad. En las tribus de Portland y Glenelg se encomienda esta función a una anciana, acudiéndose también, a veces, en demanda de tal servicio a los hombres blancos”.

Pág. 307: “La rotura artificial del himen es verificada algunas veces en la infancia, pero más generalmente en la pubertad... Con frecuencia aparece combinada (como en Australia) con un coito ceremonial...”

Pág. 348: (Con referencia a ciertas tribus australianas en las que se observan determinadas limitaciones exógamas del matrimonio): “El himen es perforado artificialmente, y los hombres que han asistido a la operación realizan después el coito (de carácter ceremonial) con la joven, conforme a un orden de sucesión preestablecido... El acto se divide, pues, en dos partes: perforación y coito”.

Pág. 349: “Entre los masais (África ecuatorial), la práctica de esta operación es uno de los preparativos más importantes del matrimonio. Entre los sacais (malayos), los batas (Sumatra) y los alfoes (islas Célebes), la desfloración es llevada a cabo por el padre de la novia. En las islas Filipinas existían hombres que tenían por oficio desflorar a las novias cuando éstas no lo habían sido ya, en su infancia, por una anciana encargada de tal función. En algunas tribus esquimales se abandona la desfloración de la novia al *angekok* o sacerdote”.

Freud se pregunta por la importancia psicológica del desfloramiento y expone diversos factores para la explicación del tabú de la virginidad... El desfloramiento de las jóvenes provoca por lo general efusión de sangre. Una primera tentativa de explicación puede, pues, basarse en el horror de los primitivos a la sangre, considerada por ellos como esencia de la vida. Este tabú de la sangre aparece probado por múltiples preceptos ajenos a la sexualidad. Se enlaza evidentemente a la prohibición de matar y constituye una defensa contra la sed de sangre de los hombres primitivos y sus instintos homicidas. Esta interpretación enlaza el tabú de la virginidad al tabú de la menstruación, observado casi sin excepciones. Para el primitivo, el enigmático fenómeno del sangriento flujo menstrual se une inevitablemente a representaciones sádicas. Interpreta la menstruación (sobre todo la primera) como la mordedura de un espíritu animal y quizá como signo del comercio sexual con él.

Mas, por otra parte, continúa Freud, nos parece aventurado conceder demasiada influencia a este horror de los primitivos a la efusión de sangre, pues en definitiva no ha logrado desterrar otros usos practicados por los mismos pueblos - la circuncisión masculina y la femenina, mucho más cruenta (escisión de clítoris y de los pequeños labios)-, ni anular la validez de un ceremonial en el que también se derrama sangre. No sería, pues de extrañar que el horror a la efusión de sangre hubiese sido también superado con relación al primer coito a favor del marido.

Otra segunda explicación, ajena también a lo sexual, presenta una mayor generalidad y consiste en afirmar que el primitivo es víctima de una constante disposición a la angustia, idéntica a la que nuestras teorías psicoanalíticas atribuyen a los neuróticos. Esta disposición a la angustia alcanzará máxima intensidad en todas aquellas ocasiones que se aparten de lo normal, trayendo consigo algo nuevo, inesperado, incomprensible e inquietante. De aquí proceden también aquellos ceremoniales incorporados a religiones muy posteriores y enlazados a la iniciación de todo asunto nuevo, al comienzo de cada período de tiempo y a las primicias del hombre, el animal o el vegetal. Los peligros de que el sujeto angustiado se cree amenazado alcanzan en su ánimo temeroso su más alto grado al principio de la situación peligrosa, siendo entonces cuando debe buscar una defensa contra ellos. La significación del primer coito conyugal justifica plenamente la adopción previa de medidas de defensa. Las dos tentativas de explicación que preceden (la del horror a la efusión de sangre y la de la angustia ante todo acto primero) no se contradicen. Por el contrario, se prestan mucho esfuerzo. El primer acto sexual es ciertamente un acto inquietante, tanto más cuanto que provoca efusión de sangre.

Una tercera explicación (la preferida por Crawley) advierte que el tabú de la virginidad pertenece a un amplio conjuro que abarca toda la vida sexual. El tabú no recae tan sólo sobre el primer coito, sino sobre el comercio sexual en general. Casi podría decirse que la mujer es tabú en su totalidad. No lo es únicamente en las situaciones derivadas de su vida sexual: la menstruación, el embarazo, el parto y el puerperio. También fuera de ellas pesan sobre el comercio con la mujer tantas y tan severas restricciones que no es posible sostener ya la pretendida libertad sexual de los salvajes. Es indiscutible que en ciertas ocasiones la sexualidad de los primitivos se sobrepone a toda coerción; pero ordinariamente se nos muestra restringida por diversas prohibiciones y preceptos, más estrechamente aún que en las civilizaciones superiores. En cuanto el hombre inicia alguna empresa especial, una partida de caza, una expedición guerrera o un viaje, debe mantenerse alejado de la mujer. La infracción de este precepto paralizaría sus fuerzas y le conduciría al fracaso. También en los usos cotidianos se transparenta una tendencia a la separación de los sexos. Las mujeres y los hombres viven en grupos separados. En muchas tribus no existe apenas algo semejante a nuestra vida familiar.

Allí donde el primitivo ha establecido un tabú es porque temía un peligro, y no puede negarse que en todos estos preceptos de aislamiento se manifiesta un temor fundamental a la mujer. Este temor se basa quizá en que la mujer es muy diferente del hombre, mostrándose siempre incomprensible, enigmática, singular y, por todo ello, enemiga. El hombre teme ser debilitado por la mujer, contagiarse de su femineidad y mostrarse luego incapaz de hazañas viriles. El efecto enervante del coito puede ser muy bien el punto de partida de tal temor, a cuya difusión contribuiría luego la percepción de la influencia adquirida por la mujer sobre el hombre al cual se entrega. En todo esto no hay ciertamente nada que no subsista aún entre nosotros.

Ese peligro que el primitivo teme es, generalmente considerado, de carácter psíquico, pues el primitivo no siente la menor necesidad de llevar aquí a efecto dos diferenciaciones que a nosotros nos parecen ineludibles. No separa el peligro material del psíquico ni el real del imaginario. En su concepción del Universo, consecuentemente animista, todo peligro procede de la intención hostil de un ser dotado, como él, de un alma, y tanto el peligro que amenaza por parte de una fuerza natural como los que provienen de animales feroces o de otros hombres. Mas, por otro lado, acostumbra asimismo a proyectar sus propios impulsos hostiles sobre el mundo exterior; esto es, a atribuirlos a aquellos objetos que le disgustan o los siente simplemente extraños de él. De este modo considera también a la mujer con una fuente de peligros, y ve en el primer acto sexual con una de ellas un riesgo especialmente amenazador.

Finalmente, Freud habla de la reacción de la mujer ante el desfloramiento, seguida de la frigidez y concluye que la insatisfacción sexual de la mujer descarga sus reacciones sobre el hombre que la inicia en el acto sexual. El tabú de la virginidad recibe así preciso sentido, pues nos explicamos muy bien la existencia de un precepto encaminado a librar precisamente de tales peligros al hombre que va a iniciar una larga convivencia con la mujer. En grados superiores de cultura, la valoración de estos peligros ha desaparecido ante la promesa de la servidumbre y seguramente ante otros diversos motivos y atractivos; la virginidad es considerada como una dote, a la cual no debe renunciar el hombre... No puede tampoco afirmarse que el tabú de la virginidad haya desaparecido por completo en nuestra vida civilizada.

Estamos listos ahora para comenzar un breve recorrido sobre distintos aspectos del inicio sexual.

Inicio sexual e historia

Federico Andahazi (2009) relata la historia sexual de los argentinos y nos permite conocer la historia del inicio sexual en distintos lugares, por ejemplo, cuenta que en el extremo sur del continente, los selk'nam, antiguos habitantes de la remota y aislada Tierra del Fuego, tenían rigurosas normas en cuanto al comportamiento sexual. Desde muy pequeños eran separados los niños de las niñas, evitando así cualquier contacto entre ellos. Esta separación era más severa aún cuando se acercaban a la pubertad. A partir de los cuatro años las niñas debían ir siempre vestidas y ocultar sus genitales, aún para dormir, con una pequeña prenda triangular llamada *sa*. Los varoncitos podían andar desnudos, siempre y cuando no se exhibieran ante las niñas. Durante los juegos, los varones púberes corrían desnudos, rodaban en el suelo amontonados y, fingiendo pelear, podían darse suaves golpes en los genitales... Al contrario, las niñas tenían una actitud de recato y sus juegos estaban despojados de toda connotación sexual. Si acaso dos jóvenes de sexo opuesto eran sorprendidos juntos, aún sin tener contacto físico alguno, eran severamente castigados.

Los selk'nam no podían tener sexo hasta alcanzar la edad admisible. Las niñas se convertían en mujeres a partir de la menarquía y el ingreso a esta etapa vital se celebra con un ritual de iniciación sumamente importante en la dinámica de este grupo. El rito se extendía por la misma cantidad de días que duraba el período menstrual. La niña debía quedar recluida y vigilada en su choza. Su madre, acompañada por las mujeres más allegadas al círculo familiar, le hacía vistosos tocados y pintaba sus mejillas y pómulos con rayos blancos que se extendían hasta la frente rodeando los ojos. Así arreglada, la instruían sobre todos los asuntos relativos a los quehaceres de una esposa y las obligaciones que le esperaban en adelante. Luego de enseñarle algunos rudimentos de cestería, tejidos y de revelarles secretos para la preparación de alimentos, llegaba el momento crucial: la instrucción sexual. Las mujeres, pero principalmente la madre, explicaba a la núbil cómo debía proceder para complacer a un hombre, de qué manera se concebían los niños, cómo era el parto y qué cuidados había que prodigarle al

crío durante los años de lactancia, que solían ser dos o tres. Pero también le aconsejaban sobre cómo elegir un marido y asegurarse, también ella, el placer del sexo: “No tomes por esposo a un muchacho que tenga un pene demasiado pequeño o demasiado grande” tal la recomendación de una anciana que recoge Martín Gusinde en su estudio de esta cultura.

Los varones de la sociedad fueguina también tenían su rito de iniciación. Entre los dieciséis y los veinte años, los adolescentes debían sortear una serie de duras pruebas para entrar a la adultez. Bajo las rigurosas condiciones que imponía el clima de la isla, privados de comida y de descanso durante largos períodos, los jóvenes debían mostrar sus habilidades para la caza, construir sus armas, aprender a usarlas y cuidarlas tanto como a sus presas. Sólo después de atravesar estos rituales, hombres y mujeres estaban en condiciones de ejercer la sexualidad.

Entre las culturas del actual Noroeste argentino, la virginidad no constituía sinónimo de virtud; al contrario, una mujer virgen resultaba sospechosa. A este respecto, Bernabé Cobo escribió: “La virginidad era vista como una tara para las mujeres, pues el indio consideraba que solamente quedaban vírgenes las que no supieron hacerse amar por nadie”. Por más de una razón era inconcebible que alguien llegara virgen al matrimonio: en primer lugar, antes del casamiento, el hombre debía comprobar que la mujer pudiese llegar a satisfacerlo sexualmente. Y por otra parte, era deseable para el esposo que otro se hubiera encargado de desvirgar a su futura esposa o concubina, no sólo porque este acto se consideraba poco grato, sino que era motivo de reproche el no haber tenido algún amante antes del casamiento.

Para complementar la información sobre el inicio sexual en nuestro país, desde el marco de la actualidad, traemos los resultados de la Encuesta Nacional sobre Salud Sexual y Reproductiva 2013 (ENSSyR 2013), primer estudio sobre la temática que se realiza en el país a nivel nacional. El objetivo general de esta encuesta consistió en generar información acerca de la salud sexual y reproductiva de los varones de 14 a 59 años y las mujeres de 14 a 49 años en centros urbanos de 2.000 o más habitantes. Las conclusiones fueron que entre las mujeres de 14 a 49 años que han tenido su primera relación sexual, la edad promedio de la primera relación es de 17,3 años. En tanto para los varones de entre 14 y 59 años que tuvieron relaciones sexuales alguna vez, la edad promedio de inicio es de 16,0 años. Al analizar por grupo de edad, mientras que las

mujeres de 40 a 49 años declaran haber tenido su primera relación sexual alrededor de los 18 años, este promedio desciende con la edad de las entrevistadas: entre las más jóvenes, la media de edad de inicio sexual es de 15,5 años. Con respecto a los varones, al igual que entre las mujeres, a medida que aumenta la edad la ocurrencia de la primera relación sexual ha sido más tardía. Entre los varones más jóvenes, la media de edad de inicio es de 14,9 años, mientras que entre los más adultos, entre 50 y 59 años, se incrementa hasta llegar a los 16,5 años.

Inicio sexual y cultura

Consideramos importante para los fines de este trabajo, comentar el acto del inicio sexual como es vivido en nuestra cultura y compararlo con la primera obra publicada por Margaret Mead. La antropóloga viajó para éste, su primer trabajo de campo a las Samoa y fijó su campo de operaciones en la pequeña isla de Tau, en el archipiélago de Manu'a.

Mead (1993) cuenta en su libro lo vivido durante los seis meses que duró su estadía en tres aldeas prácticamente contiguas, donde se dedicó a observar el comportamiento de sesenta y ocho muchachas comprendidas entre los ocho y los nueve años y los diecinueve y los veinte aproximadamente. Se dedicó a observar y también a participar. En general describe ciertas costumbres, algunos hábitos específicos, cómo son las relaciones, las autoridades, los títulos jerárquicos, las celebraciones y también la vida sexual de los samoanos. Traeremos aquí algunas partes de su relato en relación al tema sexualidad y específicamente el inicio sexual.

Según Mead, entre los solteros de las aldeas hay tres formas de relaciones: el encuentro clandestino, *bajo las palmeras*, la fuga anunciada, *Avaga*, y el ceremonioso noviazgo en el cual el muchacho *se sienta ante la joven*; y en el límite de éstas, la curiosa forma del rapto subrepticio, llamado *moetotolo*, el arrastre durante el sueño, al que recurren los jóvenes que no hallan el favor de ninguna doncella.

“La agudeza de los nativos distingue entre el amante experto, cuyas aventuras son muchas y de corta duración, y el hombre menos astuto que no puede encontrar

mejor prueba de su virilidad que un largo amor cuyo desenlace es la concepción“
(Margaret Mead, 1993. Pág. 100).

Con respecto a las relaciones sexuales, según el relato de la autora, no existen grandes tabúes, se respeta la prohibición del incesto y se cuidan ciertos tiempos y formas en cómo se expresa la sexualidad, incluyendo también en ese cuidado las muestras de afecto en público. La *taupo* (princesa) está exceptuada de la experimentación fácil y libre de la que gozan las otras mujeres. La virginidad constituye para ella un requisito legal. El día de su matrimonio, delante de toda la gente, en una casa brillantemente iluminada, el *jefe hablante* del novio aceptará las pruebas de su virginidad (esta costumbre ha sido prohibida actualmente por la ley, pero desaparece con lentitud, agrega la autora). Antiguamente, si no resultaba virgen, sus parientes caían sobre ella y le pegaban con piedras, desfigurándola y a veces hiriéndola fatalmente por haber avergonzado a su familia. Las pruebas públicas suelen postrar a las jóvenes durante una semana, aunque de ordinario se recobran de su primer roce en dos o tres horas; las mujeres muy raramente permanecen de dos o tres horas en cama después de un parto. Aunque la ceremonia de prueba de la virginidad se cumplía teóricamente en los matrimonios entre personas de toda jerarquía, se la ignoraba tranquilamente cuando el muchacho sabía que era una forma inútil, “y una muchacha sensata que no es virgen se lo dirá al *jefe hablante* de su esposo a fin de que no la avergüence delante de todos” (Margaret Mead, 1993. Pág. 104).

Las actitudes acerca de la virginidad son muy curiosas, cuenta la antropóloga. El cristianismo, por supuesto, ha adjudicado un valor moral a la castidad. Los samoanos contemplan ese concepto con escepticismo reverente pero absoluto, y la idea de celibato está totalmente desprovista de sentido para ellos. Pero la virginidad constituye sin duda un atractivo más en la joven; el enamorar a una virgen se considera una proeza mayor que la conquista de una mujer más experta, y un don Juan realmente afortunado dedicará la máxima atención a seducirla. Un joven que se casó a los veinticuatro años con una muchacha aún virgen fue el hazmerreir de la aldea por su azoramiento, manifestado sin reservas, que ponía en evidencia que a su edad, aunque había tenido muchos amores, jamás había conquistado los favores de una virgen.

El novio y sus parientes, la novia y los suyos, adquieren prestigio si ésta resulta virgen, de modo que la muchacha de categoría que deseara impedir esta penosa

ceremonia pública se vería frustrada no sólo por la ansiosa compañía y protección de sus parientes sino también por la avidez de prestigio que domina al muchacho... Se comprende que la joven renuncie frecuentemente a un prestigio temporal para evitar las pruebas públicas, pero el muchacho obstaculizará sus esfuerzos en la medida en que sean honorables sus ambiciones.

Así como el amor clandestino y fortuito *bajo las palmeras* es la forma típica de irregularidad para los de cuna humilde, la fuga tiene su arquetipo en los amores de la *taupo* y las hijas de otros jefes. Estas jóvenes de cuna noble son protegidas cuidadosamente; no hay para ellas citas secretas por la noche o encuentros fortuitos durante el día. Mientras los padres de jerarquía inferior, ignoran complacientemente las experiencias de sus hijas, el alto jefe custodia la virginidad de su hija tanto como el honor de su nombre, su precedencia en la ceremonia del *kava* o cualquier otra prerrogativa de su elevado rango.

“El prestigio de la aldea está inexplicablemente ligado a la digna reputación de la taupo; pocos jóvenes se atreverían a ser sus amantes” (Margaret Mead, 1993. Pág. 106).

Inicio sexual y prejuicios

Hasta aquí lo esencial que se ha decidido mencionar a modo de acercamiento general sobre cómo viviría otra cultura en relación al sexo y la primera relación sexual, desde el punto de vista de la importancia de la virginidad. Destacamos lo extraído sobre las diferencias sociales y las responsabilidades que esas diferencias acarrearán para el prestigio de la aldea; encontramos que no hay mayores diferencias con respecto al género, ya que hombres y mujeres tienen los mismos permitidos en materia de sexualidad (excepto, repetimos, ciertas formas que son parte de la cultura como el cortejo exigido, con roles y conductas preestablecidos).

Ahora bien, nos atreveremos a establecer un paralelismo con nuestra cultura, ya que partimos del mismo punto en común que es el inicio sexual y podríamos agregar, la importancia de la virginidad como nota de prestigio para la mujer. Con el correr de las décadas, por qué no de los siglos, la “exigencia” de la virginidad como signo de

“prestigio” en la mujer ha cambiado, pudiendo así suponerse que lo que se esperaba de las hijas de familias con gran jerarquía en Samoa, era similar a lo que en nuestra cultura se esperaba de una mujer “digna” mucho tiempo atrás. En las últimas décadas esta situación ha cambiado, producto del avance revolucionario en materia de igualdad sexual que se gestó durante la segunda mitad del siglo XX, liberación sexual que ocurrió en el mundo occidental y desafió los códigos tradicionales relacionados con la moral sexual, el comportamiento sexual humano, y las relaciones sexuales. La revolución sexual se identifica con la igualdad entre los sexos, el feminismo y los métodos anticonceptivos.

En la segunda mitad del siglo XX adquiere gran popularidad la visión del *amor libre*, movimiento social cuyo objetivo inicial fue separar el Estado de los asuntos sexuales como el matrimonio, el control de la natalidad, y el adulterio. Este movimiento dejó diversas reformas sociales en relación a distintos aspectos legales de la libertad sexual, el aborto, el control de la natalidad, la homosexualidad y el transgénero. Consideramos esto de gran importancia ya que las nociones convencionales del rol de género, la virginidad y la castidad dejaron de representar un componente del ideal de feminidad.

En conclusión, podemos indicar que el inicio de la actividad sexual para la mujer se ha convertido en un ritual más de la adolescencia, que mantiene notas de importancia y carga emocional, pero que no es visto socialmente como determinante a la hora de medir la dignidad de una mujer.

Tal vez debemos preguntarnos si sucede lo mismo con el hombre, ya que, lejos de considerarse una vergüenza la falta de virginidad en la mujer actual, se ha tornado en algo indiferente su existencia o no, o por lo menos desde la mirada social y dejando de lado las cuestiones de gustos personales. Para obtener una mirada objetiva y más abarcativa tenemos que analizar si sucede lo mismo con el hombre; ¿es su inicio sexual un hecho social indiferente?

Mabel Burin e Irene Meler (2008) brindan un panorama con respecto a la subjetividad masculina, arribando con la reflexión de David Gilmore quien define la masculinidad como la forma aprobada de ser varón en una sociedad determinada... Considera que el ideal de la masculinidad no es puramente psicogenético, sino que constituye un ideal impuesto culturalmente, al cual los hombres deben adecuarse

concuerdan o no psicológicamente con el mismo. El autor se pregunta: los hombres; ¿son todos iguales? La existencia de un semejante universal respecto de los roles y características de la personalidad masculina, podría avalar las teorías biologistas. En este aspecto, su estudio revela que se encuentra una estructura básica de la masculinidad que es transcultural y está sumamente extendida, pero no es universal.

Gilmore plantea que la masculinidad es problemática, y constituye un estado precario y artificial al que los niños deberán acceder pasando por difíciles pruebas. En contraposición, la representación cultural de la femineidad la presenta como algo dado biológicamente, que a lo sumo se refina o incrementa a través del crecimiento. Esta representación colectiva no es más que otra expresión de la dominación social masculina, arreglo social del que emana la atribución de subjetividades y actividades a los varones, mientras se reduce a las mujeres a la condición de objeto. La existencia de rituales de iniciación más simples y breves para las niñas de los pueblos “primitivos”, constituyen una manifestación de su mayor sujeción, de su estatuto subordinado con respecto de los hombres. La verdadera masculinidad, dice Gilmore, es un estado precioso y elusivo, que requiere dramáticas pruebas. Es un desafío, un premio a ser ganado. Para destacarlo, en casi todas las culturas existen contraejemplos, figuras masculinas degradadas, mediante las cuales se sanciona a aquéllos que fracasan en el test de masculinidad.

Irene Meler continúa, indicando que el imperativo del goce refleja la entronización del sujeto y la angustia ante la muerte. Descreído de la recompensa de otra vida, desanimado ante el pronóstico dudoso de los esfuerzos educativos y laborales, el sujeto postmoderno apenas construye ideales para el Yo, y busca en cambio atajos en el camino hacia la consagración narcisista... Las mujeres, aún las más modernizadas, son objeto de un proceso donde se estimula cierta censura de la expresión pulsional. Los varones hacen del placer sexual la recompensa por la exposición viril y a la vez, un emblema de su pertenencia al colectivo dominante. Censura e incitación tienen por lo tanto un reparto desigual según el género. La iniciación con prostitutas, que todavía existe en nuestro medio, marca un hito en el aprendizaje de la conducta sexual masculina, donde los varones aprenden que la sexualidad es algo de lo que no se habla mucho pero que ellos deben practicar a escondidas; que se espera que cumplan con el desempeño adecuado para demostrar que ya no son niños y que no serán homosexuales,

que las mujeres son objetos utilizables para fines narcisistas y que las relaciones sexuales son conductas clandestinas que enaltecen al varón mientras rebajan a la mujer.

Inicio sexual y religión

El platonismo, con su estricta separación entre las partes nobles y las partes viles del cuerpo humano, la reacción contra las costumbres paganas, la consideración de “el otro mundo” y no de éste como el *hábitat* (por decirlo así) del cristiano, la castidad perfecta erigida en estado de perfección, el arquetipo de Santa María Virgen, las influencias gnósticas, etc., han hecho siempre difíciles la conciliación de la espiritualidad y la sexualidad dentro del cristianismo, nos cuenta José Luis L. Aranguren (1969) y agrega que una antropología dualista, según la cual “la carne” y “el espíritu” estarían continuamente enfrentados, aunque juntos (el cuerpo, prisión del alma), fundamentaba así una valoración moral ambivalente: se reconocían los pecados del espíritu (la soberbia, la envidia también) como los más graves, sin duda pero, a la vez, por lo menos la soberbia, como el pecado más grandioso, a través del cual se intentaban superar (en vano) los límites de lo humano. Por el contrario, los pecados de la carne, carecían totalmente de grandeza: eran bajos, viles, “sucios”, innobles. La virginidad femenina se rodeó así de la aureola de lo “puro”, blanca nieve no hollada, limpia, inaccesible belleza sacrificialmente ofrecida a la Divinidad. Claro que, a los efectos de la reproducción de la especie, era necesario “condescender” con la “naturaleza”. ¿Cómo hacerlo? Mediante la institución del sacramento del matrimonio, que ennobleciere (pues buena falta le hacía) el instinto natural y (posición más justa) santificase el amor natural... El fin primario del matrimonio era la procreación; sólo secundariamente eran tomados en consideración el afecto recíproco y la mutua ayuda (siempre que era posible se evitaba la palabra “amor” o se la envolvía entre enaltecidas calificaciones espirituales), lo que no obstaba a que, a la hora de hablar con crudeza, se ofreciese el matrimonio a los varones dominados por los bajos instintos, como el “remedio de la concupiscencia”.

Aranguren continúa en otro párrafo, afirmando que se trata de un remedio, que claro está, es insuficiente. La distancia entre la “norma” y la “práctica” fue creciendo, y puesto que el principio de “represión” era más fácilmente aplicable a la naturaleza

femenina, y el de “verificación” de la castidad, únicamente a ella, se desembocó así en una “doble moral”, moral femenina de pudor-tabú, o pudibundez; y, en contraste con ella, moral viril de libertad sexual e incluso de libertinaje (figura “católica” del Don Juan). El puritanismo y la concepción burguesa de la “respetabilidad” condujeron, no a la reforma de las costumbres sexuales masculinas, sino al fomento de la clandestinidad, y la hipocresía, o, en el “mejor” de los casos, a la frustración, las represiones y toda suerte de complejos.

La época contemporánea cambió completamente las cosas. La emancipación de la mujer condujo a ésta a un género de vida profesional, incompatible con el viejo ideal hogareño; y, consecuencia natural, a una emancipación sexual también. A la vez... del “silencio” en torno al sexo hemos pasado al extremo opuesto de la “publicación” sexual. Los católicos desde hace años, vienen revisando su anterior posición y así escriben numerosos libros sobre la “sexualidad sana”, el ingrediente sexual en el amor conyugal, etc. pero los jóvenes católicos, roto el cerco dentro del cual vivían antes, y puesta en cuestión la moral recibida, que había sobrevivido a la fe, se encuentran en un mundo juvenil, especialmente en los países muy desarrollados, donde las relaciones sexuales se han extendido “fuera” o “antes” del matrimonio, aceptándose como “normales”.

CAPITULO III

Fantasías Sexuales

“Las fantasías sexuales son representaciones mentales imaginarias que estimulan y/ o acompañan los actos sexuales. Es una importante actividad erótica que permite trascender la limitada realidad, creando y economizando situaciones’ que favorecen los deseos, sueños, esperanzas” (según Andrés Flores Colombino 1997 citado por Andrés Flores Colombino en 2004). *“Pueden expresarse mediante imágenes exclusivamente, o mediante pensamientos o ambos”*.

Cuenta Flores Colombino (2004) que según como se mire, las fantasías sexuales son “malos pensamientos”, pues nuestra cultura occidental ha extendido el concepto de ‘pecado del acto’ al de ‘pecado del pensamiento’, en la medida que el fantasioso se complazca o se regodee en sus fantasías. En otras palabras, es una transgresión el aceptar esas imágenes y pensamientos como una actividad legítima, válida y útil.

Pero la sexología clínica consagra a la fantasía sexual como un instrumento de tal validez, que sin ella es muy bajo o inexistente el deseo sexual, y por tanto es posible que se instale una disfunción del deseo sexual. Y a partir del allí, una disfunción eréctil, o excitatoria femenina, pues sin deseo no hay oxido nitroso, neurotransmisor principal de la respuesta sexual toda.

Las fantasías sexuales forman parte de lo que el francés Gerard Zwang (1978) denomina la “cultura erótica”, que es todo cuanto el ser humano ha hecho para incrementar su atractivo y su quehacer sexual, que abarca desde las modificaciones físicas corporales, tanto instrumentales como no instrumentales, el uso de artefactos eróticos, el uso de códigos simbólicos eróticos y por último, la creación de fantasías a través de la imaginación y los recuerdos. Otro francés, como Charles Gellman, trazó una vía fisiológica de la necesidad y una vía psíquica del deseo para llegar luego a las conductas sexuales. Y en esa vía del deseo es la que Gilbert Tordjman (1975) menciona como una secuencia seriada de actividades psíquicas:

- Recuerdos inconscientes
- Fantasías inconscientes
- Sueños nocturnos

- Sueños diurnos o ensueños
- Proyectos conscientes

Las dos últimas categorías son formas también de fantasías involuntarias y voluntarias: sueños diurnos o ensueños y proyectos conscientes. Todas nuestras experiencias vividas o incluso fantaseadas o inventadas en la infancia o cualquier otra etapa de la vida, alimentan nuestras fantasías. Pero también proveen de inspiración todo lo que leemos en revistas o libros de estudio, vemos en TV, encontramos en Internet o escuchamos en la radio o por boca de nuestros amigos o colegas. Todo enriquece nuestra fantasía sexual. Conocemos el efecto favorable de mirar un filme erótico, solos o en pareja, como forma de incrementar la fantasía y luego, el deseo sexual.

Según Flores Colombino cuando dormimos, podemos soñar en los periodos REM o MOR. Esos sueños traen a nuestra mente dormida los recuerdos inconscientes y las fantasías inconscientes, aun las más temidas o rechazadas cuando estamos despiertos, porque el sueño permite un debilitamiento de las defensas y de las censuras, y el contenido de lo soñado realiza alucinatoriamente un deseo, por lo general. Como el simbolismo del sueño es universal, aparecen en el mismo temas variados, y entre los sexuales, las fantasías originarias de la procreación, la escena primaria del coito entre los padres, la seducción del niño por adultos y el miedo a la castración.

En ese mismo orden de ideas, Otto Fenichel (1966) plantea la existencia de dos tipos de fantasías: la fantasía creadora, preparadora de alguna forma de la acción ulterior, y la fantasía de los sueños diurnos, refugio de los deseos que no pueden ser realizados, que sustituyen a la acción.

Los sueños diurnos o ensueños, se parecen pero no son iguales a los sueños del dormir, pues procuran -al individuo que los tiene- una satisfacción independiente de la realidad. Es decir, tratan de compensar los aspectos desagradables o frustrantes de la realidad mediante sustituciones y desplazamientos que sustituyen b no querido; por ejemplo, la indiferencia de la persona deseada, es sustituida por imágenes positivas llenas de esa u otras personas o situaciones que desea y no puede alcanzar en la realidad.

La fantasía que proviene de los ensueños es una creación de la imaginación. Y esta es la fantasía conciente: un pensamiento no seguido de la acción, pues la fantasía en sí es una actividad sexual, una actividad mental fundamental cuyo motor es el deseo no

satisfecho en la realidad y que apunta a satisfacerlo. Los proyectos concientes también son fantasías concientes, que sustituyen a la realidad, pero pueden anticipar la acción, afinarla en el regodeo íntimo de lo que puede suceder en los hechos, edulcora y anticipa gozosamente la acción. Desde luego, los ensueños y los proyectos incrementan el deseo sexual. Stenwaga (1980) dice que la sexualidad es la única función en el desarrollo de la personalidad, que empieza por la imaginación, por una representación de lo que puede ser el acto sexual antes de poderlo vivir. Y toda esta serie de representaciones va a ser integrada en toda una red de significados, propia de cada sujeto, para constituir finalmente la imaginación erótica del individuo.

La fantasía sexual es un ensueño, imágenes que nos acercan al placer, a lo vital y energético, que nos permite ser personas independientes y únicas y estar al mismo tiempo en comunión con los demás. Dice Mancini (1986) que “las fantasías sexuales son uno de los pocos caminos que nos permiten ser libres”. Por eso la fantasía es todopoderosa, se expande hasta el infinito y no tiene límites, pues no los precisa ni hay nadie que los imponga. Por eso, en la fantasía puede pasar de todo. De lo bueno, pero también de lo malo, anotémoslo desde ya. Hay fantasías sexuales excitatorias y hay fantasías sexuales inhibitorias.

Por definición, no somos conscientes de tener fantasías inconscientes. Pero las fantasías concientes expresan la estructura mental del sujeto. Boulanger (1975) dice *“¿no es toda la vida psíquica la que aparece como tejida sobre la trama de la fantasía?”*.

Finalmente el autor concluye que las fantasías sexuales en sí, pueden ser un poderoso instrumento para definir los rasgos de personalidad y de carácter de las personas. Un análisis de las fantasías de cada persona nos revela muchas cosas de la misma, es una suerte de radiografía, tomografía y resonancia magnética al mismo tiempo. “Dime qué fantaseas y te diré quién eres” podríamos decir. Pero aún más. “Si conozco tus fantasías te diré qué eres, qué quieres, cuál es tu orientación sexual, tu identidad sexual, tu potencial erótico y tu normalidad o patología mental”. Pero también podemos saber qué tipo de persona te atrae, te seduce, te conquista y te somete, pues la formación del Ideal de pareja que nos inspira a enamorarnos y elegir pareja, se basa en las fantasías sexuales que construimos a lo largo de la vida.

Función de las fantasías sexuales

- Intensifican el placer sexual colmando los deseos conscientes y aun los inconscientes y más secretos.
- Economizan la realidad, pues hacen posible lo imposible en un plano imaginario, pero que para el individuo posee valor simbólico o proveen de estímulos para la masturbación.
- En la fantasía sexual se realizan los deseos insatisfechos, pues la persona realiza cualquier acto sexual con quien se le venga en gana, en que la censura no opera pues se trata de algo irreal, o que puede incluso operar como un estímulo trasgresor.
- La realidad a veces es pobre, escasa o esquiva, mientras la fantasía puede llevar a la imaginación hasta la saciedad y la plena satisfacción.

“No se trata de negar lo real ni de renunciar a él, sino se trata de darle a la realidad sexual y al placer sexual, el color y la belleza que hacen grandiosa a nuestra sexualidad y trascendente a nuestras vidas.” (Andrés Flores Colombino. 2004)

Sigmund Freud (1908), explica que para él *“ningún niño (o por lo menos, ningún niño de inteligencia completa o superior) llega a la pubertad sin que los problemas sexuales hayan ocupado ya su pensamiento en los años anteriores a la misma”* (Pág. 1262).

El mismo autor (1907) manifiesta inquietudes sobre la información brindada a los más jóvenes cuando se preguntaba *¿Qué se intenta alcanzar negando a los niños (o si se quiere a los adolescentes) tales explicaciones sobre la vida sexual humana? ¿Se teme quizá despertar prematuramente su interés por estas cuestiones, antes que nazca espontáneamente en ellos? ¿Se espera con semejante ocultación encadenar el instinto sexual hasta la época en que sea posible dirigirlo por los caminos que el orden social considera lícitos? ¿Se supone acaso que los niños no mostrarán interés ninguno hacia los hechos y los enigmas de la vida sexual si no se atrae su atención sobre ellos? ¿Se cree quizá que el conocimiento que se les niega no habrá de serles aportado por otros caminos? ¿O es que se persigue realmente y con toda seriedad el propósito de que más tarde juzguen todo lo sexual como algo bajo y despreciable, de los cual procuraron mantenerlos alejados el mayor tiempo posible sus padres y maestros? Luego el autor*

continúa, contando haber hallado en el pensador y filántropo Multatuli ciertas ideas que toma como respuesta y lo cita:

En mi sentir se encubren excesivamente algunas cosas. Se obra con acierto procurando conservar pura la imaginación de los niños; pero la ignorancia no es el mejor medio para conseguirlo. Por el contrario, creo que la ocultación hace que el niño llegue a sospechar mucho antes la verdad. La curiosidad nos lleva a preocuparnos de cosas que nos inspirarían escaso interés si se nos hubieran comunicado franca y sencillamente. Si fuera posible mantener al niño en una absoluta ignorancia, todavía admitiríamos el procedimiento; pero el infantil sujeto oye a otros o lee en los libros que caen en sus manos cosas que le inducen a meditar, y precisamente el disimulo que sus padres y educadores observan sobre ellas intensifica sus ansias de saber. Este deseo, sólo parcial, y secretamente satisfecho, acalora y pervierte su fantasía, y el niño comienza ya a pecar en tiempos en los que sus padres creen que ignora aún lo que es pecado. (Pág. 1244).

Podríamos entonces atrevernos a actualizar este pensamiento en relación a lo expresado sobre la transmisión de información, siendo que el rol de los medios masivos de comunicación e internet es más avasallante que un libro a la hora de penetrar con su contenido en las mentes y sumando a esa dinámica lo que el niño oye en su día a día a partir del exceso de datos adquiridos por otros niños. El niño y el adolescente reciben aún más información de la que podemos suponer y será nuestra tarea conocer un poco más sobre cómo esto influye en sus fantasías, además de poder completar un breve relevamiento sobre el caudal informativo que permanece en su mente a partir de esta catarata de barniz informativo. Al preguntarnos sobre las fuentes del saber expresado por los sujetos de este estudio que analizaremos, conoceremos también el lugar que los padres desempeñan como esclarecedores o negadores de este movimiento de construcción de la sexualidad de sus hijos.

Influencias

Para obtener una visión más clara respecto a la influencia sexualizadora que los medios de comunicación y el consumismo imprimen en las fantasías de niños, niñas y adolescentes, tendremos que tener en cuenta, como se ha comentado en párrafos

anteriores, el lugar asignado al rol del género en la crianza y conocer con qué intensidad logran su influencia, trascendiendo hacia la mente de los adultos. La Federación Latinoamericana de Sociedades de Sexología y Educación Sexual (FLASSES) nos cuenta a través de diferentes artículos sobre la llamada *hipersexualización* de las niñas, narrando cómo en los últimos tiempos estamos asistiendo... a lo que parece responder a un nuevo patrón de exaltación de la sexualidad de las niñas: niñas presentadas en los medios como miniadultas, sexualmente excitantes, con preocupaciones y conversaciones sobre manicura, pedicura, tallas, bolsos, tacones y maquillaje. Este patrón responde sin duda a necesidades del mercado de consumo.

Como dice la terapeuta Elena Mayorga (2014): hoy en día, los niños y, sobre todo, las niñas están siendo utilizadas y “sexualizadas” como medio para vendernos a los adultos y a ellas mismas, todo tipo de productos, desde sopas y coches, hasta muñecas, videojuegos, ropa, joyas y casas. Se está exponiendo a nuestros hijos y sobre todo a nuestras hijas como “mercancía sexual” y eso en un mundo donde los abusos a menores aún es moneda común en muchos lugares, es un hecho extremadamente grave y peligroso.

Además este patrón de hipersexualización de las niñas responde a otras necesidades e intereses. Como denuncia la psicóloga Olga Carmona "*Las niñas van asumiendo con naturalidad perversa su condición de objetos sexuales*". Así, se desarrollan mujeres frágiles, extremadamente vulnerables, inmersas en una batalla constante consigo mismas, de la cual es imposible que salgan victoriosas. Esto tiene graves consecuencias en la vida, la salud y la autoestima de las niñas y adolescentes: ...hace que se infravaloren social y personalmente el resto de ámbitos que componen la identidad femenina, lo cual conlleva a que las mujeres inviertan menos energía en el desarrollo de otras facetas de su ser para poder dedicar todo su esfuerzo a cultivar su imagen corporal. De esta manera, quedan mermadas o poco desarrolladas otras capacidades importantes de las mujeres, más relacionadas con lo mental y espiritual que con lo físico, continúa la autora.

También nos preocupan los cada vez más frecuentes mundos virtuales para niñas, donde se presenta una famosa forma de ser mujer, un “modelo de éxito” construido en base a una representación estereotipada de lo femenino, presentada a

través de imágenes de niñas ligadas a la moda, el hogar, lo rosa, la imagen, la frivolidad...

Solemos responsabilizar del problema a la publicidad, la industria de la moda y los juguetes, el cine y la televisión, etc. Es cierto que los medios de comunicación tienen un papel fundamental en la difusión de estereotipos dañinos pero además no queremos dejar de llamar la atención acerca del papel de los padres y las madres en el impacto que tiene este patrón de hipersexualización en el desarrollo personal de sus hijas. Como dice la psicóloga Mónica Serrano, es fundamental que las madres sean conscientes de que ellas son el principal modelo femenino de sus hijas y que si ellas se liberan del patrón de hipersexualización, estarán liberando también a sus hijas.

Del mismo modo, el papel de los padres, como figura masculina de referencia, también es fundamental. La forma de valoración del padre a las mujeres es captada por las niñas como modelo de valoración del sexo opuesto en general.

Elena Mayorga (2015) habla también de su preocupación por el hecho de que la publicidad, las series, las películas, siguen perpetuando una sexualidad falocentrista en la que sólo hay disfrute y gozo a través del coito, lo que oculta y niega la realidad sexual de la mujer, mucho más amplia y diversa. También en las sitcom para los más pequeños, vemos cómo se estereotipa y sexualiza como adultos a las niñas y adolescentes. Por lo general las estudiosas e inteligentes son tomadas y vestidas como raras, incluso estrambóticas, mientras que las niñas “exitosas” son aquellas que tienen novio y además son las más guapas y populares en su colegio o instituto. Cuando estas niñas y adolescentes crecen un poco más, ofrecen la imagen de unas jóvenes de grandes y tiosos pechos (operados), delgadez extrema, labios gruesos y carnosos, ropa provocativa, taconazos de vértigo y juventud eterna.

Finalmente, la autora concluye que una mujer sometida a determinado patrón de belleza imposible se remarca como el objetivo les llega a las niñas como un bombardeo. Y ellas, las niñas, creen que deben lograrlo. Esta imagen falsa de la realidad (muy pocas mujeres son naturalmente así), fomentada incluso por muchas muñecas de las niñas, les muestra a nuestras hijas que deben someterse a estos cánones misóginos para convertirse, cuando crezcan, en mujeres triunfadoras, trabajadoras y madres perfectas, envidiadas y deseadas por todo el mundo. Así que, además de transmitir una imagen reduccionista de la realidad, hace calar la idea de que la mujer existe y es alguien

porque le gusta a los demás y, sobre todo, porque le gusta a los hombres (en esas series siempre, desde muy pequeñas, las niñas están preocupadas por gustarle a los niños del otro sexo y es hacen de esto el centro de sus vidas).

Además, todos estos medios fomentan la idea de que envejecer y madurar es malo. Así pues tenemos que nuestros hijos dejan la infancia antes de tiempo, pero infantilizan su vida adulta con comportamientos inmaduros e irreales donde niegan la vejez.

Son muchos los puntos que podemos tener en cuenta al incursionar en las distintas ramas de nuestra temática principal, teniendo en cuenta las problemáticas actuales y el objetivo que pretendemos abarcar, por eso, hasta aquí nuestro recorrido por los distintos autores y autoras que analizaron algún punto de contacto con el presente trabajo.

Estado actual de los conocimientos sobre el tema

Ciertos estudios analizan temáticas similares a la del presente trabajo, como el realizado en una localidad de Lima con adolescentes, en el que se buscó conocer los conocimientos de sexualidad, inicio de relaciones sexuales y comunicación familiar. Específicamente se indagó acerca de conocimientos de planificación familiar, métodos anticonceptivos y usos; infecciones de transmisión sexual, inicio de relaciones sexuales y comunicación familiar con los padres acerca de sexualidad. Se reveló conocimientos sobre sexualidad calificados como malo en un 50% y muy malo en un 15.5%. El mencionado estudio rescata ciertos datos mundiales que indican que más de la mitad de los adolescentes empiezan sus relaciones sexuales antes de los 16 años, de la misma forma cada 5 minutos se produce un suicidio inherente a su salud sexual y reproductiva, y para completar el perfil se reportan altos índices de mortalidad materna y abortos que se producen en este grupo etáreo, lo que indica indirectamente falencias en sus conocimientos y conductas de sexualidad. Finalmente, hace hincapié en la importancia de la comunicación del adolescente con los mayores que conviven con él en el seno familiar y con quienes influyen en su formación cultural, maestros, comunidad religiosa, dependencias de salud, etc. ya que particularmente se confirmó la relación directa entre la falencia de información y la mala comunicación en referencia a estos temas, lo cual sumado a un inicio temprano en la actividad sexual, tiene como consecuencias una exposición riesgosa para la salud del adolescente. Los autores aclaran también que la sexualidad humana se define como una expresión de necesidad a través del cuerpo, elemento básico de la feminidad o masculinidad de la autoimagen y de la autoconciencia del desarrollo personal; los sentimientos y las emociones que acompañan la pubertad y la sexualidad del adolescente, son diversos y marcados por mitos o consecuencias que evocan desde su etapa infantil, muchas veces reforzadas por la desinformación que obtienen al intentar obtener detalles que le expliquen su sentir, de allí que muchas de sus interrogantes queden en el aire, generando angustias que de no ser bien orientadas, pueden dificultar el desarrollo de una sexualidad sana, que es visible a través de sus conocimientos, aptitudes, conductas entre otros. Así, como se aclaró más arriba, la investigación demostró un perfil de adolescentes con conocimientos de sexualidad deficientes y comunicación familiar exigua, que refleja una sexualidad perturbada, manifiesta además por un inicio temprano de relaciones sexuales de riesgo.

Otro estudio de similares características realizado en Chile apunta a conocer las percepciones y experiencias del inicio sexual en adolescentes consultantes en un centro de salud sexual y reproductiva. Cuenta que los adolescentes inician actividad sexual a edades más tempranas que en generaciones anteriores y agrega que la evidencia científica muestra que el inicio de la actividad sexual a más temprana edad puede tener consecuencias psicológicas, sociales y económicas negativas. El inicio sexual temprano está asociado también a un mayor número de parejas sexuales a lo largo de la vida. Estas tendencias tienen una influencia enorme en la ocurrencia de comportamientos sexuales de riesgo y en la epidemiología del embarazo adolescente, como también en las infecciones de transmisión sexual y VIH-SIDA. El tiempo y el contexto en el cual ocurre el debut sexual tienen importantes implicancias tanto en el significado personal de los individuos como en salud pública. Diversos estudios muestran que la maduración física más temprana, las percepciones de actitudes positivas hacia la actividad sexual, y una percepción de alta prevalencia de actividad sexual entre los pares, el inicio temprano de las relaciones románticas, el uso temprano y problemático de alcohol y otras drogas, son factores determinantes del inicio de la actividad sexual temprana. Con objetivo de conocer cuáles son los procesos sociales que se relacionan a la primera experiencia sexual y los significados atribuidos a ella, las respuestas pudieron agruparse en las siguientes categorías: adolescentes que lo hicieron "por amor", otros por "curiosidad" y "por saber qué se sentía", o porque experimentaron un deseo interno por la aprobación de los pares, también estando bajo efectos del alcohol, otros lo hicieron sin tener una motivación especial y otros lo hicieron cuando se sintieron preparados y también quienes lo hicieron bajo cierta coerción. La investigación aclara que es importante señalar el rol que cumplen los pares en el inicio sexual y agrega que estudios previos han mostrado una fuerte asociación entre las normas sociales y el comportamiento adolescente. Específicamente, el comportamiento sexual de los amigos, la percepción de los comportamientos y actitudes de los amigos, y el nivel de compromiso con ellos han sido identificados como factores protectores y de riesgo claves para la actividad sexual temprana.

Otra investigación llevada a cabo en Lima en el año 2010 busca conocer la relación entre conocimientos sobre salud sexual y las conductas sexuales de riesgo en adolescentes. Resulta interesante la información sobre ciertos estudios estadísticos que explican la existencia de un estrecho vínculo entre el acceso a educación sexual

oportuna y la postergación del inicio sexual, lo cual se evidencia en el dato que señala que el inicio sexual antes de los 15 años es 5 veces mayor en mujeres con menos de 7 años de escolaridad. Sin embargo, el estudio concluye que estadísticamente, no existe relación entre los conocimientos sobre salud sexual y las conductas sexuales de riesgo.

Con respecto a la influencia de los medios en lo que respecta a conocimientos sobre sexualidad, pero específicamente en relación a ciertos hábitos en las relaciones sexuales, se menciona el estudio realizado con el objetivo de investigar el impacto de la ficción televisiva en las actitudes y percepciones de la población vinculadas a la salud sexual y reproductiva. Dicho estudio fue realizado por la Fundación Huésped y UNICEF Argentina trabajó en conjunto con autores y productores del programa “Solamente Vos”. A partir del dialogo con el equipo técnico, se identificó el capítulo que marcaba el inicio sexual del personaje de Daniela Cousteau (Lali Espósito) de 17 años, como la mejor alternativa para promover dichos contenidos. Durante diferentes escenas emitidas a lo largo de dos días (10 y 11 de junio de 2013), se incluyeron situaciones y diálogos entre Daniela, su padre (Adrian Suar), su vecina (Natalia Oreiro) y su madre (Muriel Santana) tendientes a remarcar el uso del preservativo en la primera relación sexual, el rol de la mujer adolescente en la proposición y provisión del preservativo, así como el rol del entorno -y más específicamente del padre- en el acompañamiento a su hija en su primera relación sexual.

Del total de los encuestados, el 53% fueron mujeres y el 47% varones. El 63% corresponde a un público adulto mayor a 40 años (34% entre 40 y 59 años y 29% de 60 años o más), mientras que un 22% tiene entre 25 y 39 años y el restante 15% entre 16 y 25 años de edad. Se realizaron dos muestras, una durante los días previos al programa para la muestra pre-emisión, mientras que el trabajo de campo para la muestra post-emisión se realizó los días subsiguientes al mismo.

En cuanto a quién debe proveer el preservativo en una relación sexual, el 63% de la muestra pre-emisión opinó que deberían ser los dos miembros de la pareja por igual. Sin embargo, este número aumentó de forma estadísticamente significativa a un 79% entre los entrevistados que manifestaron haber identificado el tema en el episodio. En la misma línea de resultados, antes de la emisión del programa, el 30% de la muestra opinó que es el hombre quien debe proveer el preservativo, pero este porcentaje disminuyó significativamente al 19% en la muestra post-emisión. En relación a la

responsabilidad de los cuidados, cuando se les preguntó por qué creían que debían ser los dos miembros de la pareja quienes propusieran el uso del preservativo, las razones más frecuentemente mencionadas pre-emisión fueron: porque es algo de los dos, una responsabilidad de ambos (21%); y porque es más seguro si alguien se olvida (13%). Estas respuestas continuaron siendo las más mencionadas en la muestra post-emisión, aumentando sus porcentajes a un 27% y 15%, respectivamente.

Cuando se preguntó acerca del nivel de acuerdo sobre que “una mujer adolescente proponga el uso de preservativo”, previo a la emisión del programa el 53% manifestó estar “muy de acuerdo”, sin embargo, este porcentaje aumentó significativamente a un 79% entre aquellos televidentes que identificaron el tema en el episodio. En relación al nivel de acuerdo con que sea una mujer adolescente quien provea el preservativo, es decir, que sea ella quien lo lleve, los resultados fueron en la misma dirección.

Las conclusiones indican que el 43% de los entrevistados mencionó a la TV como principal fuente de información sobre salud sexual y reproductiva (anticoncepción, embarazos, SIDA y enfermedades de transmisión sexual). En segundo lugar, fueron mencionados los médicos (36%) y en tercer lugar Internet (33%) como fuentes de información. En cuanto a la forma más adecuada para que un adolescente se informe previo a su iniciación sexual, ambas muestras nombraron en primer lugar la escuela (52%), seguido por la familia (37%) como principales fuentes. Por otro lado, el 70% de los entrevistados considera que son ambos padres por igual quienes deberían tener un rol activo en brindar información y educación sobre salud sexual y reproductiva a los adolescentes, previo a su iniciación sexual. El estudio también aclara que se observa que es extendido el conocimiento de la población acerca de los métodos anticonceptivos, especialmente del preservativo, tanto para prevenir embarazos como ETS. Asimismo, la introducción de estos temas en capítulos de TV parece ser una herramienta efectiva para la modificación de actitudes en relación al empoderamiento de la mujer en la proposición y provisión de preservativos, como así también en la promoción de un rol activo de cuidado al momento del inicio sexual.

Un estudio sobre la implicación de las actitudes y fantasías sexuales en el deseo sexual de los adolescentes llevado a cabo en España, explica que en el ser humano la experiencia de deseo sexual tiene lugar gracias a la interacción entre diferentes

elementos neurohormonales y cognitivo-emocionales. Leiblum y Rosen (1988) señalan que el deseo sexual sería resultado de la combinación de un adecuado funcionamiento neuroendocrino con una estimulación sexual provocada por dos fuentes de activación, una individual (fantasías, ideaciones, vasocongestión genital, etc.) y otra ambiental (como estar acompañado por una pareja deseada con luz ligera, por ejemplo), estando determinado por procesos sexuales intrapsíquicos e interpersonales. Por su parte, Fuertes y López (1997) plantean un modelo explicativo multicomponente del deseo sexual en el que se incluyen tres dimensiones diferentes: activación neurohormonal, disposición cognitivo-emocional (variables psicológicas) y presencia de estímulos sexuales externos o internos (entre los que figuran las fantasías sexuales); se necesita la puesta en marcha de las tres dimensiones para que el ser humano tenga la experiencia de deseo sexual, y éste se explicaría a partir de complejas interacciones entre las mismas. Entre las variables psicológicas, destacan por su importante papel en la expresión del deseo sexual las actitudes sexuales (Zubeidat y Sierra, 2003). Dentro del modelo de Fuertes y López (1997), las fantasías sexuales constituyen otro elemento importante en la explicación del deseo sexual; sin duda, éstas juegan un papel muy relevante (Dekker y Everaerd, 1988; Kleinplatz, 1992; Meuwissen y Over, 1990; Smith y Over, 1987; Wilson, 1978), pero todavía se discute si actúan como estímulos, como respuestas, o ejercen ambas funciones sobre el deseo sexual. Asimismo, se han encontrado evidencias de que la ausencia de fantasías sexuales se relaciona con trastornos del deseo sexual (Nutter y Condrón, 1983, 1985). Entonces, a partir de este marco, el estudio plantea dos objetivos, por una parte determinar en qué medida las actitudes sexuales (erotofobia y erotofilia) y las fantasías sexuales (exploratorias, íntimas, impersonales y sadomasoquistas) se relacionan con el deseo sexual de los adolescentes y, por otra, trata de ver el impacto de dichas variables sobre éste. Como conclusión señala que la presencia de actitudes sexuales positivas y fantasías sexuales está asociada a un mayor deseo sexual, tanto al deseo dirigido hacia una pareja sexual como al deseo centrado en conductas autoeróticas. Así, solamente algunas de las variables que mantienen correlaciones significativas con el deseo sexual explican parte de la variabilidad que se produce en el mismo; concretamente, las fantasías sexuales íntimas y erotofilia en el deseo sexual diádico, y las fantasías sexuales impersonales y erotofilia en el caso del deseo sexual solitario. Las fantasías sexuales íntimas y la erotofilia llegan a explicar más de la mitad del deseo sexual diádico (51,80%), lo que pone de manifiesto la importancia de estas dos variables, en especial de las fantasías sexuales íntimas, que

hacen referencia a fantasías asociadas a la búsqueda y disfrute de un compromiso profundo con un número limitado de parejas sexuales. En el estudio de Zubeidat et al. (2003) se evidencia que la relación entre fantasías sexuales impersonales y deseo sexual sólo se produce en los hombres. En definitiva, tal como señalan Diéguez, López y Sueiro (2002), las fantasías sexuales pueden ser tan importantes, o más, que las realidades sexuales experimentadas, y permiten estimular los comportamientos sexuales. Según estos resultados, parece ser que las fantasías sexuales cobran mayor importancia que las actitudes sexuales positivas en la explicación tanto del deseo sexual diádico como del deseo sexual solitario de los adolescentes. En resumen, este estudio pone de manifiesto la necesidad de modelos multicomponentes en la explicación del deseo sexual en los adolescentes. Así, mientras más de la mitad de la varianza del deseo sexual diádico (51,18%) se explica a partir de las fantasías sexuales íntimas y de la erotofilia, la varianza explicada del deseo sexual solitario únicamente alcanza el 32,50% a partir de las fantasías sexuales impersonales y de la erotofilia, lo que pone de relieve que, posiblemente, distintos factores estén explicando ambos tipos de deseo sexual. Se muestra también que el peso de las fantasías sexuales es más elevado que el de las actitudes sexuales en la explicación del deseo sexual en los adolescentes.

Otro artículo analiza las expectativas y experiencias relativas a la primera relación sexual de adolescentes de 15 a 19 años, de estratos socioeconómicos medios y residentes en Trelew y se concentra en los relatos de un varón y de una mujer presionados (por sus pares y por su pareja, respectivamente) para iniciarse sexualmente, pues condensan de manera paradigmática dinámicas y normas sexuales y de género que operan en la “primera vez”. Así, por un lado, contribuye mediante una indagación empírica al debate mayor sobre los límites y las relaciones entre las categorías de género y sexualidad. Y, por el otro, aborda dos fenómenos poco explorados en los estudios sobre sexualidad, según revisiones recientes: la coerción en las relaciones sexuales entre adolescentes y la vivencia de varones que se iniciaron sexualmente sin desearlo. Gran parte de los estudios sobre sexualidad se centra en la primera relación sexual, considerándola un momento decisivo en la vida de las personas como rito de pasaje hacia la adultez o inicio de su biografía sexual, desde perspectivas antropológicas y demográficas. Se analiza la primera relación sexual de las mujeres y los varones adolescentes como un acontecimiento guionado a nivel cultural, interpersonal e intrapsíquico, siguiendo la analogía dramaturgica de la teoría de los guiones. Esto

significa que existen razones socialmente aceptables para tener o no relaciones sexuales, así como papeles esperados para la iniciación sexual. En la puesta en escena de esta primera vez influyen tanto los públicos interesados en dicho acontecimiento como el tipo de vínculo entre sus protagonistas.

Acelerar los ritmos del recorrido sexual con su compañera y/o insistir verbalmente para tener relaciones puede no ser visto por los varones como presión, aunque así sea sentido por las mujeres que lo viven, se trata de un conflicto de percepciones. Según Hernán Manzelli, para los varones son confusos los límites entre el juego de insistencia y la coerción, y “cuando se compara sus conductas concretas de presión con lo que relatan adolescentes mujeres, lo que allí es reconocido como presión, aquí no es concebido como tal”. Por otra parte, bajo un tono de cargada, opera una presión pública para que los varones debuten sexualmente, una exigencia de los pares para reafirmar la masculinidad: “Es como algo que lo tengas [que hacer] para sentirte más varón”. La misma dinámica se da entre jóvenes del norte de Chile, donde “la presión social induce el inicio, castigando la virginidad masculina con la burla. Por ende, el acto sexual no es tanto una forma de expresar el erotismo, sino un modo de probar la hombría”. El requerimiento de tener relaciones sexuales “para sentirte más varón” indica que a esta dinámica subyace la prescripción de heterosexualidad asociada a la masculinidad hegemónica y al papel esperado para estos varones: se supone determinado deseo “natural” (por las mujeres) y se incita un ejercicio de la sexualidad consecuente con él (disponibilidad e iniciativa sexual con ellas). Como observa un estudio sobre el debut sexual de adolescentes del sureste de México, “la presión social [de los pares] va de la mano con el imperativo heterosexual gravitando en torno a la imagen femenina como objeto de deseo y prueba confirmatoria de la virilidad”. En relación a esto el artículo cita a Amuchástegui, para quien en aquellos hombres que tuvieron su iniciación con una trabajadora del sexo, [...] la presión del grupo jugó un papel considerable en esta práctica, en el sentido de que parecía estar dirigida a la confirmación de la identidad masculina y a la regulación de las prácticas sexuales del joven. [...] Entre quienes vivieron su iniciación en esta forma, la experiencia pareció producir una gran incomodidad, aun cuando la confirmación de la identidad de género que se pretendía fuese lograda. En esta línea, Norma Fuller sostiene que acudir a una trabajadora sexual en la sociedad peruana era el ritual informal a través del cual los varones demostraban frente a sus pares que eran sexualmente activos: “Se trata de una

prueba pública en la que lo decisivo no es que se realice el acto sexual sino que los padrinos refrenden y confirmen que ha ocurrido”. Finalmente, según Manzelli, el imperativo social de que los varones son los responsables de tomar la iniciativa sexual, sumado a una concepción esencialista de la sexualidad, coloca a estos adolescentes en un marco de acción en el que se hace difuso el límite entre el juego de seducción y el directo avasallamiento de los derechos sexuales de la otra persona. Por otro lado, muchos adolescentes no reconocen la insistencia del grupo de pares para que se inicien sexualmente como una coerción, al estar condicionados por el papel esperado para un varón en la actividad sexual. En esta línea, aunque ningún varón menciona presiones de su pareja para iniciarse sexualmente, parece difícil que en caso de que hubiese existido alguna presión (por ejemplo, mediante insistencia verbal) hubiera sido percibida o reportada como tal. El hecho de que un adolescente no interprete determinadas prácticas como modos de presión se vincula a la concepción de que un varón no puede negarse a tener relaciones sexuales ni desperdiciar oportunidades de hacerlo.

Las conclusiones del estudio indican que los papeles esperados para varones y mujeres en su primera relación sexual reflejan expectativas de género asimétricas y pueden favorecer interacciones coercitivas. La disponibilidad permanente y la iniciativa masculina suponen a un varón sexualmente activo guiado por impulsos intrínsecos a su naturaleza, noción muy extendida en América latina. En cambio, a la selectividad y la capacidad de rechazar o aceptar las propuestas que definen al papel femenino subyace una concepción de la mujer como incapaz de expresar su deseo sexual, por timidez o temor al desprestigio social, y que puede controlar su deseo porque es más moderado que el masculino. Bajo estas expectativas, la única actividad de la mujer sería escoger correctamente al compañero sexual entre las proposiciones recibidas.

Un estudio de la Fundación ANAR de Perú tuvo como objetivo describir y analizar las dificultades en relación a la sexualidad planteadas por los y las adolescentes de 12 a 17 años en un servicio de consejería telefónica gratuita a nivel nacional. El instrumento utilizado para la recolección de datos fue la entrevista telefónica, el análisis de los datos muestra que la gran mayoría de adolescentes (92%) llama por algún problema propio y que la proporción de llamadas sobre sexualidad es relativamente baja (9%). Las dos terceras partes de los adolescentes que llaman por temas sexuales son hombres. Los problemas más frecuentes tratan sobre relaciones sexuales, seguido de las dudas sobre el embarazo. Otros problemas parecen ser casi exclusivos de cada sexo. La

masturbación, las fantasías sexuales y las perversiones solo se presentan en los chicos, mientras que solo el aborto representa una problemática exclusivamente femenina. La mayor cantidad de llamadas de orientación sobre problemáticas de sexualidad, son realizadas por adolescentes de ambos sexos de 15 a 17 años. La mayoría de los cuales se dedican a estudiar principalmente y provienen de familias con una organización biparental. El estudio aclara en sus conclusiones que tomando en cuenta que en el total de llamadas recibidas en cualquier tema, las chicas son las que más llaman, llama la atención que las dificultades sobre sexualidad son más expresadas por chicos que por chicas. Esto podría estar señalando cierta dificultad aún por parte de las chicas de hablar de su sexualidad.

Lo que más preocupa a los adolescentes son las dificultades relacionadas a la iniciación de la vida sexual y la actividad sexual en sí, y la posibilidad de un embarazo como consecuencia de ello. Sin embargo, la mayoría no expresa utilizar algún método anticonceptivo cuando explican sus dudas sobre un posible embarazo. Esta particularidad podría relacionarse con una característica típica del pensamiento adolescente, al que se ha descrito como sensación de invulnerabilidad. Los y las adolescentes tienen la creencia de que nada negativo les va a pasar, que los embarazos no esperados, por ejemplo no los van a tocar a ellos, que esas cosas les pasan solo a otros pero no a ellos. Esto podría explicar, en parte, el hecho de no utilizar ningún método anticonceptivo durante las relaciones sexuales. Sin embargo, hay otros factores que intervienen en esta problemática como la desinformación, el temor a ser catalogadas como “chicas fáciles”, la Iglesia, como señalan estudios anteriores.

En ciertas problemáticas encontramos diferencias de acuerdo al género. Las fantasías sexuales, la masturbación y las perversiones solo son mencionadas por chicos, mientras que estos temas parecen estar muy reprimidos entre las chicas. Esto parece relacionarse con ciertas expectativas de género determinadas culturalmente. Solo en el caso del aborto, se puede hablar de un tema netamente femenino, que es mencionado con mucha dificultad y que surge hacia el final de la conversación y generalmente de manera superficial. Esto nos indica la presencia de una sexualidad femenina aún soterrada que no puede salir, tal vez por presiones sociales y culturales.

En los contenidos de las llamadas también encontramos diferencias en relación al género. Los chicos señalan muchos deseos sexuales, insatisfacción sexual, mientras

que las chicas señalan presión por parte de la pareja para tener relaciones sexuales, el temor a perder a la pareja y al mismo tiempo al embarazo. Como ya se señaló en estudios anteriores, los chicos parecen ser presionados para tener una vida sexual activa y hablar de ella, mientras que las chicas parecen encontrarse en una disyuntiva entre ceder a la presión de tener relaciones sexuales o perder a la pareja.

En cuanto a un posible embarazo, tanto chicos como chicas expresan temores similares, aunque las chicas se muestran más abrumadas por el tema y temen la reacción de los padres. Los chicos plantean cierto grado de desconfianza en la pareja y señalan no estar listos para ser padres, más frecuentemente que las chicas. Esto podría indicar que las chicas parecen estar programadas culturalmente para afrontar un embarazo pero temen básicamente a la reacción o posible rechazo de los padres y la pareja.

Varias interrogantes se abren luego de analizar los datos: por qué solo en el caso de la categoría sexualidad, las chicas tienen menos llamadas que los chicos, mientras que en el resto de categorías la proporción de llamadas de las adolescentes es el doble que las llamadas de los chicos, cómo podemos derribar los tabúes de la sexualidad femenina como la masturbación o las fantasías sexuales, por qué los y las adolescentes casi no expresan alternativas de solución ante sus dificultades.

Marco metodológico

Tipo de Estudio

Se optó por un diseño que combinó estrategias tanto cuantitativas como cualitativas. El diseño es también flexible y abierto, y se utilizó una mirada holística, global. No experimental, transversal, ya que hubo una única aplicación de los instrumentos de recolección. Es descriptivo y hubo un relevamiento extensivo e intensivo de los datos.

Identificación y definición de las variables o dimensiones de análisis

Se utilizaron las siguientes macro categorías:

Sexualidad: Universo complejo en el cual intervienen aspectos tanto biológicos, como psicológicos y sociales. Engloba una serie de condiciones culturales, sociales, anatómicas, fisiológicas, emocionales, afectivas y de conducta, relacionadas con el sexo que caracterizan de manera decisiva al ser humano en todas las fases de su desarrollo. Es un término dinámico. Nos acompaña desde que nacemos hasta que morimos, y va moldeándose al ritmo de nuestras experiencias de vida.

Prácticas sexuales: Patrones de actividad sexual presentados por individuos o comunidades con suficiente consistencia como para ser predecibles.

Inicio sexual: Primer encuentro entre dos personas en el que uno o ambos pierde su virginidad a través de la penetración. Si bien se considera también una relación sexual la que implica prácticas como el sexo oral, sexo anal o masturbación mutua, entre otras, para los fines de este trabajo se tomará el concepto específico de inicio sexual como el acto de penetración.

Fantasías sexuales: Representaciones mentales imaginarias que estimulan y/ o acompañan los actos sexuales. Es una importante actividad erótica que permite trascender la limitada realidad, creando y economizando situaciones” que favorecen los deseos, sueños, esperanzas. Pueden expresarse mediante imágenes exclusivamente, o mediante pensamientos o ambos.

Conocimiento sobre sexualidad: Se tuvo en cuenta el caudal de saberes procesados y expresados por los sujetos estudiados en relación a: desarrollo sexual, género, acto sexual *per se*, riesgos, consentimiento mutuo, sentimientos, normas sociales y culturales, así como también se prestó especial atención al lugar que ocupa el otro en el relato sobre sexualidad y la mirada sobre sí mismo.

Unidades de análisis

Población: este estudio pretende poder ser extendido a todos los niños, niñas y adolescentes que no hayan tenido su primera relación sexual.

Muestra: Fueron seleccionadas 30 personas entre los 10 y los 15 años, de ambos sexos. Se utilizaron para dicha selección un procedimiento por juicio, es decir, se eligieron las unidades a partir de los criterios conceptuales, de acuerdo a los principios de representatividad estructural por lo cual, las variables que delimitan la composición estructural de la muestra fueron definidas de manera teórica.

Técnicas, Instrumentos y Procedimientos

Se utilizó en primera instancia un cuestionario y luego se aplicó una entrevista semi-estructurada.

Instrumentos

El cuestionario constó de 19 preguntas abiertas y cerradas, de las cuales se obtuvo información sobre el conocimiento poseído en relación a la sexualidad en general

La entrevista se aplicó para la segunda parte de la pregunta de investigación, ya que era necesario un clima de confianza y seguridad para que los sujetos hablen desde lo más profundo de su subjetividad sin vergüenza ni miedos.

Procedimientos

El cuestionario se entregó de manera escrita a cada participante y se esperó su devolución. Fue completado en un ambiente tranquilo, sin establecer un límite de

tiempo para dicha tarea. La entrevista se realizó de manera oral, grabada en un lugar tranquilo y sin límites de tiempo

Área del estudio

La ciudad de Rosario, ubicada en el centro-oeste argentino, en la provincia de Santa Fe. Es la tercera ciudad más populosa del país, además de ser la ciudad no capital más poblada de Argentina. La población de la ciudad estrictamente dicha en 2011 es, según estimación de la DGE de la Municipalidad de Rosario, 1.036.286 habitantes. La población del departamento Rosario (compuesto por la ciudad de Rosario y otros 23 municipios más) es de 1.193.605 personas, según datos del Censo 2010, proporcionados por el INDEC. Esto representa el 37.36% del total de los habitantes de la provincia de Santa Fe.

En el año 2008, un grupo de investigadores de Psicología hicieron un relevamiento sobre la sexualidad en adolescentes escolarizados de diversas zonas de Rosario. Se observó una alarmante falta de información que ubica a este grupo como uno de los más vulnerables, tanto en su exposición a infecciones de transmisión sexual, como al sida y embarazos no deseados. Desde la UNR, este grupo de psicólogos y estudiantes se propusieron explorar los conocimientos e intereses de aproximadamente 3.000 jóvenes de diez escuelas públicas y privadas comprendidas en los cuatro distritos de la ciudad. A pesar de que existe una normativa provincial sancionada en 1992 para incluir educación sexual en las currículas escolares y una ley nacional desde hace dos años, la realidad muestra que son pocas las experiencias desarrolladas en el aula.

Consideraciones éticas

Los sujetos participaron de manera voluntaria y fueron notificados tanto ellos como los padres o tutores responsables, sobre los objetivos de la investigación. Se mantuvo el anonimato de los participantes así como también la confidencialidad de los datos obtenidos. Los adultos responsables de los sujetos firmaron un consentimiento informado que autoriza la aplicación de los instrumentos seleccionados.

Análisis de los resultados

Se han encontrado para ciertas preguntas respuestas muy variadas y en otras, la mayoría coincidió en sus opiniones o conocimientos. Muchos adolescentes del sexo masculino se negaron a responder el cuestionario, razón por la cual, la mayoría de las respuestas pertenecen a la del sexo femenino, representando el 80% del grupo total.

Con respecto a explicar en qué consiste concretamente tener una relación sexual, el 25% de las mujeres vincularon su respuesta a las emociones en general, un 21% habló de amor y placer al mismo tiempo, mientras que un 17% mencionó solo el amor. En menores proporciones se habló de decisiones hechas por voluntad o no sabían de qué se trata concretamente. El subgrupo de los hombres mencionó en un porcentaje del 33%, el sexo y la penetración, otro 33% habló de placer y el mismo porcentaje para los que afirmaron no saber de qué se trata.

Al momento de contar cuáles son las partes del cuerpo que se relacionan con la sexualidad, las mujeres sobre el cuerpo de la mujer, mencionaron en un 50% la vagina solamente, mientras que el 25% mencionó la vagina y una parte más del cuerpo (la mayoría dijo el ano) y un 12.5% no supo responder. Con respecto al cuerpo del hombre, las adolescentes mujeres mencionaron al pene en un 67% como la parte del cuerpo que se relaciona a la sexualidad y un 17% mencionó pene y testículos. Los adolescentes de sexo masculino mencionaron la vagina y otra parte más del cuerpo femenino (senos, ano, boca, etc.) en un 67% y un 17% la cola solamente.

Sobre lo que consideran necesario para que haya una relación sexual, en los aspectos biológicos, las mujeres en un 42% no contestaron o admitieron no saber qué contestar y el 21% del subgrupo mencionó el hecho de saber cuidarse; un mismo porcentaje mencionó distintos aspectos biológicos como maduración del cuerpo o penetración, por ejemplo. Sobre los mismos aspectos, el subgrupo masculino no contestó o admitió no saber la respuesta en un 67% y un 17% habló de madurez, mismo porcentaje respondió que la atracción es el aspecto biológico necesario. Sobre los aspectos emocionales, el 54% de las mujeres se refirió al amor y otros sentimientos, el 33% no contestó o admitió no saber la respuesta y un 8% de este subgrupo habló de atracción. En los adolescentes de sexo masculino, las respuestas para los aspectos emocionales fueron en un 33% para la atracción y este mismo porcentaje fue el que no contestó o admitió no saber la respuesta. El 17% habló de gustarse y el 17% también,

habló de quererse. Finalmente, ante una tercera opción en la que se podían considerar otros aspectos a elección, el 87,5% no supo o no quiso hablar de algo específico. En el grupo del sexo opuesto, se mantiene casi el mismo porcentaje con la misma respuesta.

Preguntando sobre las maneras de relacionarse sexualmente, nos encontramos con una mayoría en las mujeres del 33% que dieron respuestas que podemos considerar como incorrectas, como ser posiciones sexuales. Cercano a esto, el 29% no supo o no quiso contestar, el 21% mencionó 3 respuestas correctas y el 17% una respuesta correcta. El 50% de los hombres mencionó 3 respuestas correctas, el 33% no supo o no quiso responder y el 17% dio respuestas incorrectas, mencionando la heterosexualidad y la homosexualidad como formas de relacionarse sexualmente.

Con respecto a los cambios en el cuerpo inmediatamente previos a que se concrete una relación sexual, con respecto al cuerpo femenino, el 42% de las adolescentes no supo o no quiso responder, el 37,5% mencionó al menos un cambio que es una respuesta correcta y el 21% dio respuestas incorrectas. En el subgrupo masculino el 50% no supo o no quiso responder, mientras que el 33% se refirió a cambios correctos y el 17% mencionó cambios que no corresponden al momento inmediatamente previo a la relación sexual. En referencia al cuerpo masculino, el 59% de las mujeres mencionó cambios coincidentes al momento, el 29% no supo o no quiso responder y el 8% dio respuestas incorrectas. El 50% de los adolescentes de sexo masculino respondieron correctamente y el 50% no supo o no quiso responder.

Al momento de explicar lo que es la masturbación, el 33% de las mujeres no supo o no quiso contestar, el 21% relacionó su respuesta a la satisfacción y el placer, el 17% mencionó la palabra “paja” sin dar explicaciones y el 17% también se refirió a tocar el propio cuerpo. En los hombres, el 33% vinculó la respuesta a la satisfacción y la excitación y el mismo porcentaje no supo o no quiso responder. Un 17% habló de tocar el propio cuerpo. En segundo lugar, el 33% de las mujeres no quiso o no supo qué responder sobre si está bien masturbarse, y otro 33% considera que no está bien hacerlo, argumentando que es feo, no es normal o trae problemas a la salud, entre otros motivos. El 29% de las mujeres considera que está bien, por servir para conocerse uno mismo, según la mayoría de las justificaciones. El 50% de los hombres considera que está bien porque es necesario, el 33% no supo o no quiso responder y el 17% cree que no está bien, sin dar justificaciones,

Más de la mitad de las adolescentes cree que está bien iniciarse sexualmente desde los 17 años en adelante, un 17% considera que a los 16 años está bien y este mismo porcentaje representa a quienes sin dar una edad específica, mencionan ciertos criterios que influyen en la decisión de iniciarse sexualmente como ser el amor, el saber qué hacer, cuando se tenga ganas, entre otros. Con respecto a los chicos, el 33% considera los 15 años como la edad correcta para el inicio sexual y otro 33% menciona que sería correcto desde los 17 en adelante.

Una gran mayoría de las adolescentes, 62.5% mencionó el embarazo y las enfermedades como posibles consecuencias de relacionarse sexualmente con alguien, el 17% mencionó sólo el embarazo, el 12.5% no supo o no quiso responder y el 8% mencionó solamente las enfermedades. Con respecto a los adolescentes varones, el 67% mencionó también como consecuencias el embarazo y las enfermedades y el resto del subgrupo, sólo el embarazo.

El 33% de las adolescentes de sexo femenino explicaron lo que consideran que es una erección relacionándola a la forma o dureza del pene y este mismo porcentaje representa a las adolescentes que no supieron o no quisieron responder la pregunta. El 21% relacionó su respuesta a la excitación. Los adolescentes del sexo masculino mantuvieron esta misma proporción manifestada por el grupo femenino.

Con respecto a lo que es una eyaculación, el 42% de las encuestadas no supo o no quiso responder, mientras que un 29% mencionó en alguna parte de su respuesta que es “cuando el hombre acaba”. El 50% de los encuestados del sexo masculino mencionó en su respuesta la palabra “acabar” y la mitad restante no supo o no quiso responder.

Para el 42% de la población femenina de la muestra el deseo sexual se vincula a “las ganas o el deseo hacia otra persona”, el 21 % no contestó y tres respuestas obtuvieron un mismo porcentaje: las relacionadas a deseos y emociones, las relacionadas al sexo y las que afirmaban no saber de qué se trata (12,5%). El 67% de la población masculina explicó el deseo sexual como “querer tener sexo”, el 17% lo relacionó a “sentir”.

Para el 83% de las mujeres y el 67% de los hombres, la virginidad se refiere a no haber tenido relaciones sexuales y el 12,5% no supo o no quiso responder. El 17% considera que se refiere a que aún no haya habido penetración.

En el momento de “insinuar” o “invitar” a una relación sexual, para el 58% de las mujeres es el hombre quien debe estar a cargo de hacerlo, para el 29% ambos pueden y para un 8% es la mujer quien debe hacerlo. Con una mayoría similar, en los hombres un 50% cree que es el hombre quien debe hacerlo y el 33% cree que ambos pueden, el resto considera que es quien tiene ganas quien debe “invitar” a una relación sexual. Por otra parte, el 37,5% de las mujeres cree que ambos sexos sienten la misma cantidad de placer durante una relación sexual. El 33% cree que es la mujer quien más disfruta y el 21% cree que es el hombre. El 50% de los hombres cree que es el hombre quien más placer siente y el 33% cree que ambos sienten por igual.

Con respecto al conocimiento de métodos anticonceptivos, el 33% de las adolescentes mencionó tres diferentes maneras de protección, otro 33% mencionó dos, el 8% mencionó sólo uno y el 21% no supo o no quiso responder. Una persona mencionó la pastilla del día después como método para la anticoncepción. En los adolescentes, el 50% no supo o no quiso responder, un 33% mencionó dos maneras para lograr la anticoncepción y el 17% mencionó tres.

El 33% de las mujeres no supo o no quiso responder qué tipo de enfermedades de transmisión sexual conocen, el mismo porcentaje mencionó una enfermedad, el 17% mencionó tres enfermedades y también un 17% mencionó enfermedades de otra índole o con una ortografía que demuestra no saber de qué se trata concretamente. Con respecto a los hombres, el 33% mencionó una enfermedad acorde a la pregunta, otro 33% no supo o no quiso responder, el 17% mencionó dos y este mismo porcentaje corresponde a los hombres que mencionaron enfermedades sin relación o con una ortografía que demuestra no saber de qué se trata concretamente. El sida fue la ETS más mencionada en ambos grupos.

El 71% de las adolescentes hablan sobre sexualidad con su familia, el 8% con amigas, otro 8% con profesores y el 17% contó que no habla sobre el tema. El 50% de los adolescentes masculinos habla con amigos y familiares, el 17% con profesores, otro 17% manifestó no hablar sobre el tema y otro 17% contó que lo habla con cualquier persona.

Finalmente, el 54% de las personas encuestadas en el grupo de las mujeres no contestó o manifestó no saber qué aspectos de la sexualidad le gustaría que le sean explicados, el 21% habló de distintos aspectos del tema en general, un 12.5% preguntó

sobre el dolor que se siente al perder la virginidad y ese mismo porcentaje preguntó específicamente sobre cuestiones del género masculino. En el 67% de los hombres no hubo respuesta o se manifestó no saber qué aspectos quisieran que les sean explicados, el 33% se refirió específicamente a la penetración o a la transmisión de enfermedades.

Con respecto a la segunda parte de la pregunta de investigación, el 90% de los adolescentes entrevistados refirió no tener fantasías en relación a la sexualidad, manifestaron no imaginar situaciones, escenarios o características de un posible primer encuentro sexual. Se mantuvo el mismo porcentaje tanto en hombres como en mujeres y apenas un 10% en ambos casos, esbozó algunos detalles específicos que parecen indicar que estaban armando la respuesta en el momento y que no respondían a fantasías en el sentido en que la presente investigación pretendía encontrar.

Luego de analizar los porcentajes que reflejan las distintas repuestas de los niños y adolescentes encuestados, se puede concluir que el nivel de conocimiento sobre sexualidad que poseen, es de medio a bajo. Hombres y mujeres mantienen los mismos porcentajes.

Es importante destacar la relación directa encontrada entre sexualidad y genitalidad en la mayoría de las respuestas. Conceptos como placer o goce apenas aparecen, así como tampoco parecen ser tenidos en cuenta aspectos emocionales, psicológicos o sociales. Para casi todos los adolescentes encuestados el cuerpo expresa su sexualidad pura y exclusivamente a través de sus partes genitales, en consecuencia se desconoce o no son tenidas en cuenta otras partes consideradas zonas erógenas u otras actividades que no impliquen exclusivamente la penetración.

Falta de complejidad, simpleza en las estructuras, ausencia de vocabulario, oraciones escuetas, son las características de la mayoría de las respuestas que parecen denotar la repetición así como también la no elaboración, análisis o reflexión sobre lo expresado. Resultó más que llamativa la ortografía utilizada en algunos de los encuestados al referirse sobre las ETS, donde se encontraron palabras como “achive” o “elcida”.

Se confirma la existencia de ciertos mitos, como el considerar la masturbación una enfermedad o algo que está mal porque es raro o no es normal; otro mito que confirma su existencia en el pensamiento de los adolescentes es el de suponer que es el

hombre quien siente el mayor placer durante una relación sexual. Cabe destacar también la confirmación del mito según el cual, existe un rechazo generalizado a hablar sobre sexualidad por parte de los varones, esto se refleja a partir del bajo porcentaje ya mencionado, de adolescentes del sexo masculino que quiso participar de la actividad, aún habiéndose aclarado que era anónima y que no tenía como finalidad evaluar las respuestas con puntaje o alguna otra técnica de corrección. Se encontró también la aparición de expresiones que reflejan o repiten una postura machista, tanto en el sexo masculino como en el femenino, con respecto a quién debe iniciar, invitar o insinuar que se desea tener una relación sexual.

Se considera preocupante la relación lineal existente entre sexualidad por un lado, y enfermedades o embarazo como sus únicas consecuencias, por otro. En el pensamiento de los adolescentes, al estar la sexualidad vinculada directamente con la genitalidad, como se ha visto, parece no haber otro tipo de consecuencias en una relación sexual, como por ejemplo de tipo empáticas, eróticas, psicológicas, anímicas, etc.

Conclusiones

Se deduce de lo relatado en el análisis de la información obtenida, que hay una confirmación de lo comentado al inicio del presente trabajo, en relación a la importante influencia que tienen en la actualidad las tecnologías de información y comunicación, en el sentido de no permitir una elaboración o reflexión por parte del receptor de la información. Específicamente a lo vinculado con el tema sexualidad, se encontró que niños y adolescentes no pueden desarrollar respuestas que demuestren la existencia de un pensamiento crítico, de un trabajo mental en el que se haya podido procesar eso de lo que se está hablando.

Los resultados remontan a Foucault quien como se vio, compara el tratamiento dado al tema sexualidad en dos siglos muy diferentes, de excesiva libertad en uno y de represión silenciosa en otro. Como se dijo al comienzo, se puede suponer que se unen en una irónica ambivalencia ambos extremos en la cultura actual, exceso de información y sexo en todas partes frente a familias que no enseñan significados, que no inician diálogos. Todo se confirma, ya que recibir información no implicar tener el conocimiento, como se ve en los resultados de las encuestas. En consecuencia, estos resultados van en la misma dirección de lo mencionado por Aller Atucha, ya que si bien “en el discurso, la sociedad rechaza el sexo-placer, en la práctica lo utiliza como elemento motivacional para la venta, dirigida a aquellos que pueden comprar”. Para el autor, un programa de Educación u Orientación para la Sexualidad Humana, no debe estar circunscrito simplemente a dar información. Ante este panorama analizado, información es lo que sobra, explicación y reflexión es lo que falta. El autor habla de diálogo y procesos de descubrimiento de quiénes somos y cómo nos relacionamos. Como se vio al comienzo, esto se puede relacionar a la importancia de las fantasías y lo que la ausencia de éstas implica. El adolescente no reflexiona sobre sí mismo y tampoco se imagina acercándose a alguien del sexo opuesto, no se ve a sí mismo en un posible encuentro con el o la que le atrae, el o la que le gusta o interesa, son fantasías que parecen no necesitar gestarse. Todo está dicho, visto y repetido. Ahora bien, a partir de estos resultados surge la preocupación por saber qué pasa cuando estos adolescentes se sumergen en la realidad personal, ese primer encuentro sexual en el que se ponen en juego sensaciones y pensamientos nunca antes transitados, ese momento en el que se corrobora que no todo es genital, que hay algo más que penetración y eyaculación...

Con respecto a la relación entre los géneros y siguiendo a las autoras mencionadas, se ha encontrado en los adolescentes de ambos sexos, un discurso que reafirma una sexualidad falocentrista, en la que sólo hay disfrute y gozo a través del coito. Como se ha explicado, esto oculta y niega la realidad sexual de la mujer, mucho más amplia y diversa, situación confirmada por las respuestas que afirmaban suponer que es el hombre quien más disfruta de la sexualidad, quien debe iniciar la relación sexual y quien tiene permitido masturbarse. Los resultados, coinciden aquí también con lo expresado por Aller Atucha, ya que se encontró un relato de géneros “bien definidos”.

La ausencia de fantasías sexuales conduce a la pregunta por el deseo, el cual parece ausente en los adolescentes; se deduce que en ellos habrá un paso directo a la acción, la primera relación sexual no responderá a juegos mentales previos o ilusiones imaginadas. Parece que no hay un camino de emociones por transitar, ya que todo se reduce a lo físico y a lo genital, reproduciendo una propaganda, la búsqueda de un producto que brindará satisfacción inmediata, eso es la sexualidad para los adolescentes, que son reflejo de lo expresado por Bauman. Seguimos su relato en estas conclusiones cuando nos define como “una cultura de consumo... partidaria de los productos listos para uso inmediato, las soluciones rápidas, la satisfacción instantánea, los resultados que no requieren esfuerzos prolongados”, qué mejor ejemplo de esto que la ausencia de fantasías en el sentido de deseos ensamblados a largo plazo. Cuando llega el momento, los adolescentes adquieren el producto de la sexualidad y no reflexionan al respecto, porque parece que no es necesario, según lo que les es transmitido día a día. Siguiendo al autor mencionado, el deseo (relacionado a las fantasías) es desechado y ante la inmensa cantidad de estímulos, surge un anhelo, que permite adecuarse a las atracciones, al momento, a lo que surja y lo más importante, que permite no ser sobrepasado por las emociones o por sensaciones redundantes. Según se explicó, para la sexología clínica la fantasía sexual es un instrumento de tal validez, que sin ella es muy bajo o inconsistente el deseo sexual. Posibles consecuencias de esto se relacionan a una disfunción eréctil, o excitatoria femenina; probablemente ésta será, un factor de impacto que sacudirá al adolescente cuando le toque vivir su propia realidad, su primera relación sexual y a esto se suma como preocupación, qué sucede en su psiquis cuando esa satisfacción prometida no es lograda de forma inmediata, como indica la propaganda.

Se puede esbozar que muchas de las patologías sufridas por los adultos tienen una relación directa con lo aquí expresado, la obligación de dar y recibir satisfacción plena en el área de la sexualidad y en el modo que se ve en películas, pornografía, publicidades, conduce a que, al no poder hacerlo se llegue a producir un quiebre, un derrumbamiento que no puede entenderse o ponerse en palabras, que deprime, estresa o lleva a la búsqueda frenética de otras satisfacciones en diferentes aspectos de la vida. A esta situación se le suma el hecho que la fantasía sexual nos permite ser personas independientes y únicas y estar al mismo tiempo en comunión con los demás. Es de esperar que muchos adolescentes, luego adultos, sientan que fracasan, y no pueden reflexionar el por qué; sólo saben que crecieron viendo un modelo que quisieron imitar, que nunca fue cuestionado y del que ahora son víctimas porque no lo pudieron reproducir sintiendo la satisfacción prometida. Cuando llegan los hijos a sus vidas, lo que reproducirán seguirá siendo el silencio, “mejor no hablarles de eso”, no hay diálogo que se pueda estructurar o información que se pueda reflexionar, sólo corroboran que la única consecuencia de la sexualidad de la que saben hablar, porque es la única que se les explicó, es el embarazo y las enfermedades... Y así el ciclo vuelve a iniciarse...

Bibliografía

- Amsacc Asociación Mexicana para la Salud Sexual. (2015). *Definiciones básicas*. Disponible en: <http://www.amssac.org/biblioteca/definiciones-basicas/>
- Andahazi, Federico. (2009). *Pecar como Dios Manda. Historia Sexual de los Argentinos*. Buenos Aires. Editorial Planeta.
- Aranguren, José Lus. (1969). *La crisis del catolicismo*. Madrid. Alianza Editorial S. A.
- Aristegui, Cahn y Fiore de Fundación Huésped, Ravalli de UNICEF. (2013). *Inicio sexual y empoderamiento de la mujer en TV*. Buenos Aires. Disponible en: http://www.unicef.org/argentina/spanish/Paper_Huesped_Unicef.pdf
- Atucha Aller, Luis María. (1995). *Pedagogía de la Sexualidad Humana. Una aproximación ideológica y metodológica*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Bauman, Zygmunt. (2004). *Modernidad líquida*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt. (2009). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Burin, M y Meler, I. (2008) *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires. Librería de Mujeres Editoras.
- Butler, Judith. (1999). *El género en disputa. Feminismo y la subversión de la identidad*. España. Editorial Paidós.
- Encuesta Nacional sobre Salud Sexual y Reproductiva 2013. ENSSyR 2013. Presentación de resultados. Disponible en: http://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/sociedad/enssy_r_2013.pdf
- Entrevista a la terapeuta Elena Mayorga. *Dejemos que las niñas y los niños disfruten de su infancia*. (2015). Disponible en: <http://www.bebesymas.com/educacion-infantil/dejemos-que-las-ninas-y->

los-ninos-disfruten-de-su-infancia-entrevista-a-la-terapeuta-elena-mayorga

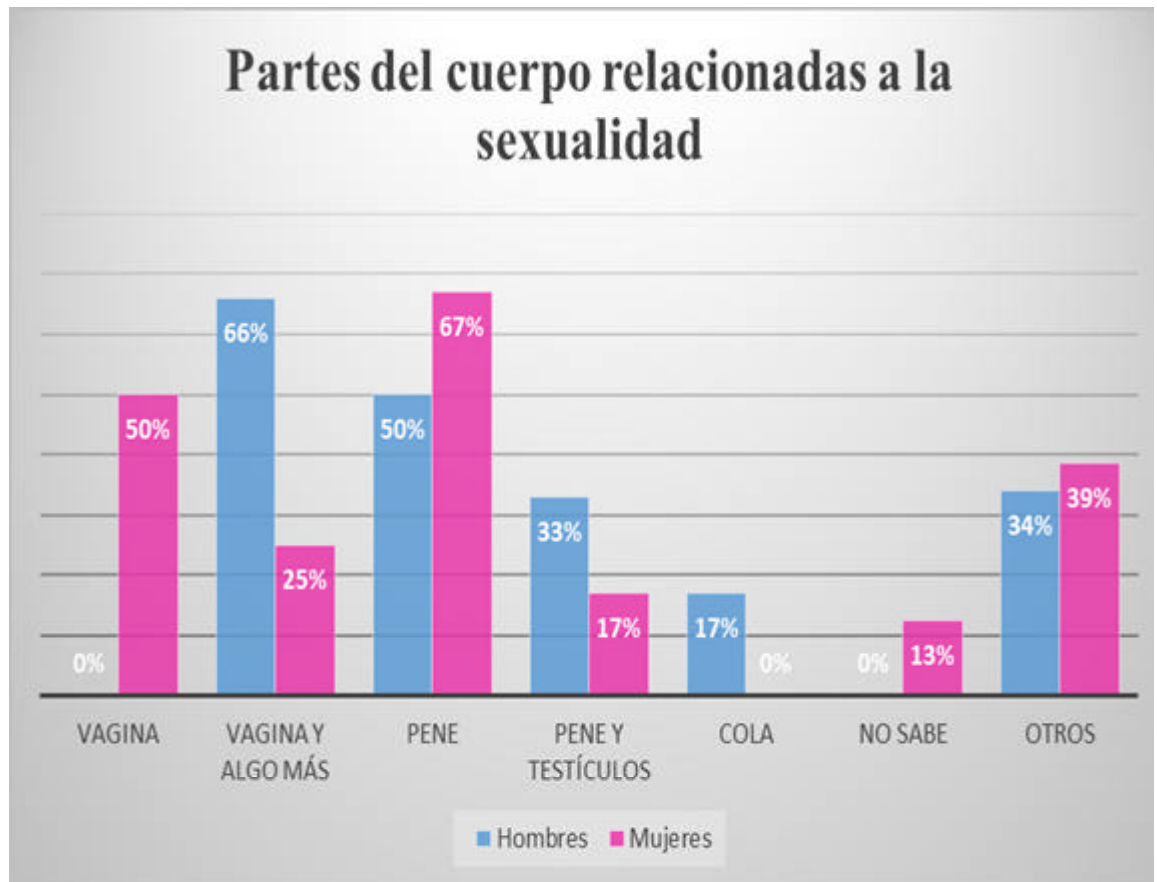
- Federación Latinoamericana de Sociedades de Sexología y Educación Sexual (FLASSES). *Hipersexualización de las niñas. Una forma de violencia de género contra las niñas occidental*. (2014). Disponible en: http://www.flasses.net/articulos_detalle.php?id=203
- Flores Colombino, Andrés. (1998) *Fantasías sexuales: El límite de lo real*. Disponible en: <http://institutokinsey.com/noticia.php?id=328>
- Foucault, Michel. (1976) *Historia de la Sexualidad 1. La voluntad de saber*. Siglo Veintiuno Editores. Disponible en: <HTTP://BIBLIOTECA.D2G.COM>
- Freud, Sigmund. (1907). *Obras completas, XXX La ilustración sexual del niño. Carta abierta al doctor M. Fürst*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores. Vol. 9.
- Freud, Sigmund. (1908) *Obras completas, XXX Teorías sexuales infantiles*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores. Vol. 9.
- Freud, Sigmund. (2013). *Obras Completas. CIII El tabú de la virginidad*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores. Vol. 18.
- Giddens, Anthony. (1998). *La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Ediciones Cátedra. Disponible en: <http://www.obta.uw.edu.pl/~lukasz/ZESPOL/zajecia/Anthony%20Giddens%20-%20La%20Transformacion%20de%20la%20Intimidad.pdf>
- González, Montero, Martínez, Mena, Marioli. (2010). *Percepciones y experiencias del inicio sexual desde una perspectiva de género, en adolescentes consultantes en un centro universitario de salud sexual y reproductiva*. Revista chilena de Obstetricia y Ginecología. Vol. 75. N° 2. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-75262010000200002

- IES Ría del Carmen. Departamento de Orientación Psicológica. Disponible en: <http://almez.pntic.mec.es/~erug0000/orientacion/psicologia/Documentos/La%20sexualidad%20humana.pdf>
- Jones, Daniel Eduardo. (Mayo-Agosto, 2010). *Bajo presión: primera relación sexual de adolescentes de Trelew (Argentina)*. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina (CONICET). Revista Estudios Feministas. Vol. 18, N° 2. ISSN: 0104-026X. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/381/38116094004.pdf>
- Mead, Margaret. (1993). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires. Editorial Paidós SAICF.
- Rojas Laurente, Rocío Yolanda. (2011). *Relación entre conocimientos sobre salud sexual y las conductas sexuales de riesgo en adolescentes de secundaria. I.E.M. Nuestra Señora de Montserrat*. Tesis para optar el Título Profesional de Licenciada en Enfermería. Disponible en: http://cybertesis.unmsm.edu.pe/bitstream/cybertesis/1302/1/rojas_lr.pdf
- Sala, Adhara Ampuero. (2005). *Dificultades en torno a la Sexualidad expresadas por Adolescentes a través de un Servicio de Consejería Telefónica Gratuita. El caso del Teléfono ANAR*
- Salazar-Granara, Santa Maria-Álvarez, Solano-Romero, Lázaro-Vivas, Arrollo-Solís, Araujo-Tocas, Luna-Rengifo, Echazu-Irala. (Marzo, 2007). *Conocimientos de sexualidad, inicio de relaciones sexuales y comunicación familiar, en adolescentes de instituciones educativas nacionales del distrito de el Agustino, Lima-Perú*. Revista Horizonte Médico. Vol. 7, N° 2. Disponible en: http://www.researchgate.net/publication/256546183_KNOWLEDGE_OF_SEXUALITY_BEGINNING_OF_SEXUAL_INTERCOURSE_AND_FAMILY_COMMUNICATION_IN_ADOLESCENTS_OF_NATIONAL_EDUCATIVE_INSTITUTIONS_OF_THE_DISTRICT_OF_EI_AGUSTINO_LIMA-PERU
- Universidad Nacional de Rosario. (2008). *Educación sexual: Insuficiente*. Disponible en: <http://www.unr.edu.ar/noticia/123/educacion-sexual-insuficiente>

- Zubeidat, Ortega, C. del Villa, Sierra. (2003). *Un estudio sobre la implicación de las actitudes y fantasías sexuales en el deseo sexual de los adolescentes*. Cuadernos de Medicina psicosomatica y Psiquiatria de enlace. N°67/68. Disponible en:

http://www.researchgate.net/profile/Virgilio_Ortega/publication/277775633_Un_estudio_sobre_la_implicacin_de_actitudes_y_fantasas_sexuales_en_el_deseo_sexual_de_los_adolescentes/links/557334be08ae7536374fd3d3.pdf

Anexo y Apéndices



Consecuencias de relacionarse sexualmente

